



Cómo besar a un Canalla

Novela de la Regencia

AUTORA BESTSELLER DE USA TODAY

Amanda Mariel

Cómo besar a un canalla

Amanda Mariel

Traducido por Diana Zamora Cuesta

“Cómo besar a un canalla”

Escrito por Amanda Mariel

Copyright © 2018 Amanda Mariel

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Diana Zamora Cuesta

Diseño de portada © 2018 Jaycee DeLorenzo

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[Cómo besar a un canalla](#)

[Cómo besar a un canalla | Amanda Mariel](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

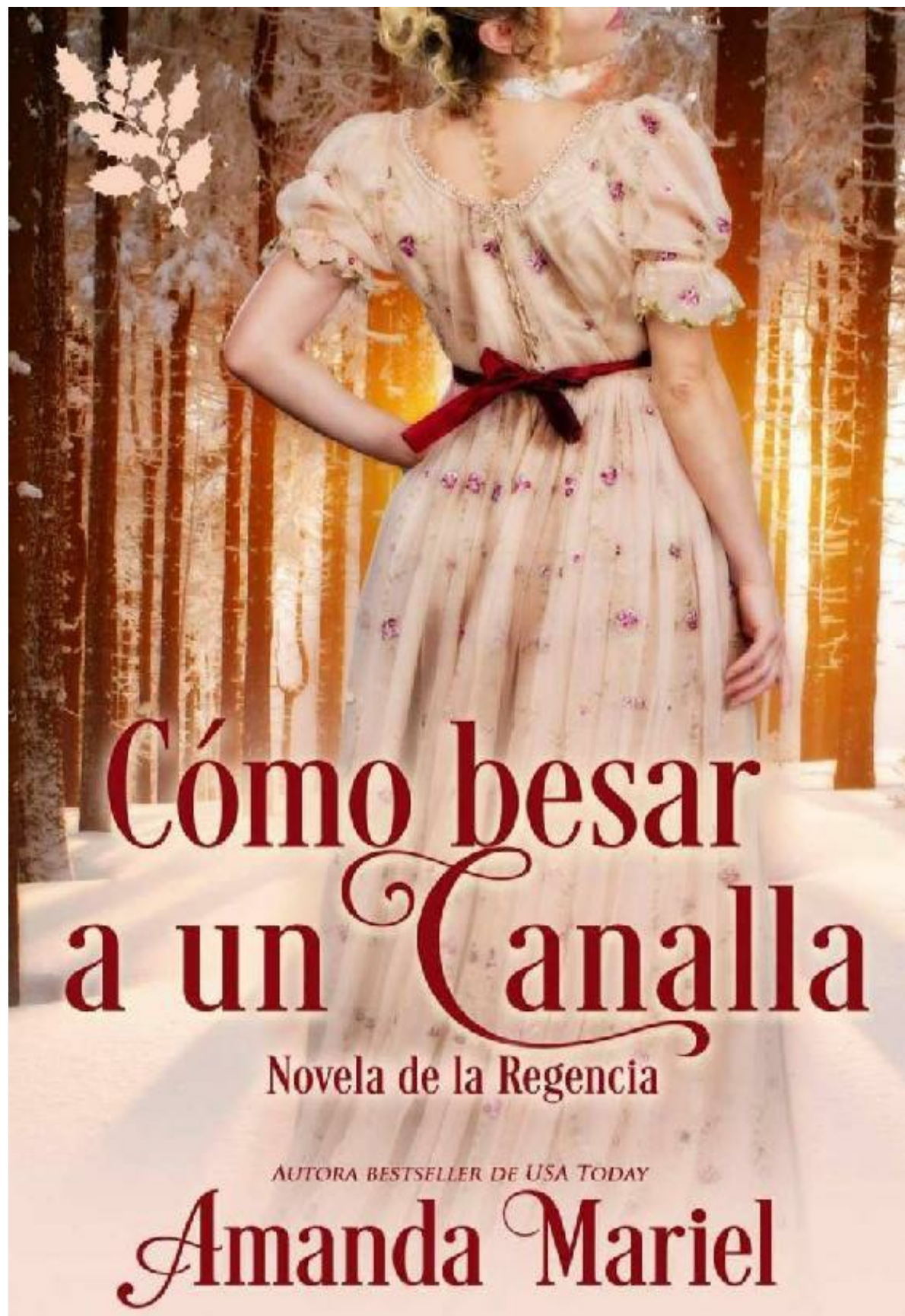
[Epílogo](#)

[Pasa la página para leer un fragmento de | El anhelo de un beso](#)

[El Anhelo | de un Beso](#)

[EL ANHELO DE UN BESO](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)



Cómo besar a un Canalla

Novela de la Regencia

AUTORA BESTSELLER DE USA TODAY

Amanda Mariel

Cómo besar a un canalla

Amanda Mariel

Traducido por Diana Zamora Cuesta

“Cómo besar a un canalla”

Escrito por Amanda Mariel

Copyright © 2018 Amanda Mariel

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Diana Zamora Cuesta

Diseño de portada © 2018 Jaycee DeLorenzo

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube
Inc.

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Epílogo

El Anheló de un Beso

Sobre la autora

*Esta novela está dedicada a todos los que creemos en la magia que
esconde la Navidad y para el canalla que nos inspira.*

AGRADECIMIENTOS

Ante todo, quiero agradecer a mi buena amiga Christina McKnight por darme la idea de usar el personaje de *lady* Natalie de su novela *Un beso por Navidad*, para escribir un libro que acompañe al suyo. ¡Ha sido muy divertido trabajar contigo, Christina! Muchas gracias a mi editor y a mis lectores beta por ayudarme a dar forma y a pulir la historia de Natalie. Mi familia también se merece un gran agradecimiento. Vuestro apoyo y entusiasmo ha significado mucho para mí. Por último, pero no por ello menos importante: muchas gracias a todos mis lectores por seguir animándome y por leer mis libros. ¡Os adoro a todos!

Prólogo

Lady Natalie Seymour, hija de los duques de Sheridan, se encontraba de pie sobre el escenario situado en la cabecera de la sala de música de su familia. Era la última noche de celebración de su presentación en sociedad, y miraba a su ex mejor amiga, *lady* Pippa Godfrey, como si le estuviera lanzando puñales. Si las miradas matasen, aquella traidora estaría muerta, porque Natalie estaba mucho más que furiosa, se sentía rota, abatida y rabiosa. Pippa la había traicionado y tendría su castigo por lo que había hecho.

Natalie forzó una sonrisa brillante antes de presentar a la siguiente chica que tenía que subir al escenario. Su mirada se clavó otra vez en su antigua mejor amiga. Pippa se movió incómoda en la primera fila, sintiéndose como si fuera un ratón en una trampa. Ella sabía perfectamente lo que había hecho y sabía que habría consecuencias. El malestar de Pippa provocó que una sonrisa sincera remplazara a la artificial y forzada de Natalie. Se merecía sufrir por lo que había hecho la noche anterior, en el baile de presentación de Natalie. Se merecía algo peor que el simple malestar que estaba sintiendo, Pippa se merecía que la hirieran como la había herido a ella.

La noche anterior había sido mágica hasta que Pippa lo destrozó todo: su futuro, sus esperanzas y sus sueños. Todo desapareció en cuestión de segundos. Mientras festejaban, el salón de baile relucía bajo la luz de cientos de velas. La sala estaba decorada con macetas de helechos y arreglos florales, y elegantes damas y caballeros se mezclaban y bailaban. Todos habían acudido a darle un caluroso recibimiento a la sociedad. Natalie se había sentido muy emocionada de poder compartir aquella noche con su amiga. La dio la bienvenida y la recibió con mucha ilusión, pero aquello no ocurriría nunca más. No volvería a ser amable con Pippa.

Cuando se incorporaron a la fiesta, las dos chicas vestían de blanco, acorde con el resto de debutantes, llevaban unos peinados modernos, y en sus cuellos y orejas relucían collares y pendientes. Para Natalie había sido un orgullo que Pippa la acompañase aquella noche entre bailes, flirteos y risas. Todo hasta que la traicionó, rompiendo la magia de la noche.

Aquel recuerdo la atormentaba tanto que le dolía el corazón, pero intentó concentrarse en el recital que se estaba llevando a cabo en aquel momento. Todo daba igual, no podía dejar de pensar en lo que había ocurrido. Natalie

respiró hondo y buscó por la sala al marqués de Knightly. Él y su hermano Bradford llevaban mucho tiempo siendo amigos y, por ello, Natalie conocía al marqués desde que era pequeña. Estaba enamorada de él desde que tenía memoria. Nunca había pensado en él como el amigo de Bradford, para ella era todo su futuro. Un hecho que Pippa conocía muy bien, ya que había sido un tema frecuente de conversación muchas noches, cuando entre risas planeaban sus futuros matrimonios. Su corazón se le aceleró en el pecho cuando encontró a Christian, lord Knightly, sentado en la segunda fila a unas pocas sillas de Pippa, contemplando los mechones castaño oscuro de la traidora.

Le comenzó a arder la sangre y se le aceleró el pulso. En aquel momento, no pudo luchar contra la imagen que se le vino a la cabeza, la cual era tan terrible que podría haber detenido una tormenta de verano: Pippa saliendo a la terraza seguida por lord Knightly. Ella envuelta en sus brazos bajo la noche estrellada. Natalie cerró los ojos e intentó calmarse. Había sido incapaz de seguir mirándoles, su corazón se rompió al instante. Se pasó el resto de la velada, que debería haber sido la mejor noche de su vida, intentando comprender por qué Pippa le había hecho tanto daño.

El baile había continuado hasta primeras horas de la mañana, y después Pippa había regresado a sus aposentos. Quizá lo mejor hubiera sido enfrentarse a la traidora una vez que se hubo retirado a su habitación, pero no hubiera sabido qué decirle. En cambio, hizo todo lo posible para actuar como si no ocurriese nada, mientras en su cabeza revivía aquella escena hasta que el sueño la venció.

Los aplausos llenaron la sala de música cuando la intérprete cantó su última nota desafinada, devolviendo a Natalie a la realidad. Había llegado el momento de presentar a Pippa. Se levantó y se alisó la falda antes de subir al escenario.

Que Dios la diera fuerza. Lo último que quería era presentar a aquella buscona como si todavía fueran amigas. Por desgracia, no le quedaba más remedio. Sus padres no sabían nada de lo que había ocurrido la noche anterior, y ni siquiera conocían sus planes de pasar el resto de su vida junto a Christian. Natalie ocultó sus emociones, recurriendo a las habilidades que le habían enseñado desde que era pequeña: serenidad y elegancia por encima de todo. Ninguno de los presentes se podría dar cuenta de lo que ocultaba con su apariencia tranquila. No permitiría que nadie la viera devastada, y mucho menos aquella traidora.

Natalie buscó a Pippa, la divirtió y la complació observar que la chica se agarraba la falda tan fuerte que sus nudillos estaban blancos, mientras su madre la hablaba. Algo estaba a punto de suceder, pero dudaba que tuviera algo que ver con las acciones de Pippa con lord Knightly. ¿Sentía algo de arrepentimiento al haber roto el único sueño de Natalie?

No tenía importancia. Alzó la barbilla cuando Pippa se levantó de su asiento.

—La siguiente en honrarnos en el escenario es *lady* Pippa Godfrey. — Natalie hizo un gesto en la dirección de Pippa y, de pronto, se le vino una idea a la cabeza. Sonrió tímidamente—. *Lady* Pippa y yo hemos sido amigas íntimas desde antes de que empezáramos a tocar el pianoforte y, desde que nos conocemos, hemos compartido todo, incluyendo a nuestro profesor de música, el señor Giles. Aunque debo decir que Pippa es mucho más cercana con el hombre de lo que mis padres hubieran permitido.

Las miradas de Natalie y Pippa se cruzaron, mientras las mejillas de ambas se ponían rojas. Sus palabras habían dado en el clavo, y seguramente conseguiría arruinar su vida. Sin embargo, era una pena que el exilio social no tuviera ningún efecto en sus encuentros con lord Knightly. Seguro que aquel libertino la encontraba mucho más de su gusto después de aquello. De pronto sintió una punzada de arrepentimiento. Con aquella situación, había perdido tanto como había ganado.

No podía cambiar lo que había hecho, aunque tampoco quería hacerlo. No había duda de que la sala entera había escuchado su declaración y había entendido las connotaciones de sus palabras. Las risas de hombres y mujeres inundaron la sala, desde el fondo hasta las primeras filas, y la plataforma donde estaba Natalie. Su declaración se propagaría por toda la sociedad más rápido que un fuego descontrolado. Para el día siguiente, todos los salones le cerrarían la puerta a Pippa.

Natalie cuadró los hombros y mostró una sonrisa de satisfacción en sus labios, decidida a seguir por aquel camino: hacer sufrir a Pippa. ¿Huiría de la habitación o aceptaría su desafío? La observó esperando a ver qué hacía. En su interior tenía lugar la lucha entre la satisfacción de conseguir su venganza y el dolor de la traición de la que creía su amiga.

A su lado, la madre de su ex amiga se abanicaba mientras le dirigía a su hija unas palabras. A Natalie se le aceleró el pulso al observarlas. Después de lo que parecieron varios minutos, Pippa se enderezó y adoptó una postura tan rígida como la de ella. ¿Cómo podía Pippa mantener la cabeza alta y

acercarse a Natalie después de lo que había dicho? ¿Acaso no tenía vergüenza?

Contempló cómo subía al escenario. Aquello no había acabado. Le devolvería todo el daño que le había hecho, y tendría a Christian para ella, a pesar de la intromisión de Pippa.

Capítulo 1

Natalie se sentó con delicadeza sobre un diván, su regazo estaba cubierto con papeles de colores y diferentes tipos de lazos, mientras se dedicaba a fabricar flores para colocarlas sobre las coronas de verde perenne, que pronto decorarían las habitaciones de la residencia familiar. Echó un vistazo a la silla de enfrente donde su prima, *lady* Daphne, estaba sentada atando las flores de papel a las coronas. Natalie se estremeció ante la fuerte respiración de Daphne. Pippa tenía la misma actitud cuando estaba concentrada. ¿Por qué no podía dejar de pensar en aquella traidora?

Las últimas Navidades, Pippa estuvo con ella, ayudándola a fabricar flores y muñecos para decorar sus casas. Una punzada de arrepentimiento atravesó su corazón. Nunca entendería por qué Pippa destrozó su amistad. Incluso en aquel momento, meses después de su presentación en sociedad, su traición la seguía doliendo. Lo que más la afectó fue la provocación temeraria de Pippa cuando Natalie se vengó. La traidora había subido al escenario con la cabeza alta como si no hubiera hecho nada malo. ¿Cómo es que nunca se había percatado de aquel comportamiento tan insensible de Pippa?

Natalie pasó otro capullo de flor a Daphne.

—Dentro de dos días la casa estará llena de invitados.

Incluyendo a Pippa, si aquella decisión dependiera de sus padres, lo cual sería bastante probable.

Natalie se negó a disculparse con Pippa después de ofenderla en el recital, de la misma manera que se negó a dar una explicación de sus acciones a sus padres. No vio la necesidad de mostrar su dolor ni sincerarse con nadie. Como resultado, sus padres seguían decididos a juntarlas.

Aquello nunca sucedería. De hecho, si la traidora aparecía en la fiesta, Natalie haría que se arrepintiera. No sabía qué haría ni cómo soportaría estar bajo el mismo techo que su ex amiga. «Dios, haz que no venga», rezó.

—Debo admitir que me sorprendió cuando mi madre me dijo que debíamos acudir a otra celebración en tu honor. Daphne no levantó la vista de su tarea mientras colocaba un capullo rosado en las ramas verdes que había en la mesa.

La confusión invadió a Natalie. ¿Su honor? ¿A qué se refería su prima? Los padres de Natalie organizaban una fiesta navideña todos los años, aunque

no del nivel de la de aquel año. Tres días en los cuales todo el mundo que pertenecía a la alta sociedad estaba invitado. Muchos preferían acudir a uno de los grandes eventos que organizaba su madre a estar con sus familias, y aquel año no iba a ser diferente. Su madre había llegado hasta a encargarle varios vestidos nuevos. Quizá estaba tramando algo, ¿pero qué?

Natalie dejó a un lado sus manualidades y se sacudió la falda antes de volver a mirar a Daphne.

—Parece que sabes más de lo que dices saber, querida prima. Dime lo que está ocurriendo.

Daphne la miró tímidamente.

—No estoy segura, lo único que me ha dicho mi madre es que la fiesta era para ti. —Jugueteó nerviosamente con los bordes de la flor—. Y que se va a hacer un anuncio importante.

El estómago de Natalie se revolvió al escuchar las últimas palabras de Daphne. Un anuncio importante. Aquello no podía augurar nada bueno. Se inclinó hacia adelante y agarró la mano con la que Daphne tocaba nerviosamente la flor.

—Esto es importante. ¿Qué más sabes?

—¿Es que los duques no te han comentado los motivos de la fiesta? —preguntó Daphne con los ojos muy abiertos.

—Sabes más de lo que dices, Daphne. Lo veo en tus ojos. Empieza a hablar —exigió Natalie. Lo que fuera que estuvieran tramando tenía que ser algo grande, y como sus padres no le habían dicho nada, solo podía asumir que era algo que no la iba a gustar.

Daphne desvió la mirada y murmuró:

—Mencionaron un algo de un compromiso.

Natalie se quedó sin aliento y comenzó a sentir náuseas. No podía comprometerse. Solo había un hombre para ella, Christian St. Vella, el marqués de Knightly. Y era imposible que hubiera aceptado un compromiso aún. Tiró de la mano de Daphne.

—¿Estás segura?

—Yo... bueno... escuché a nuestras madres hablar sobre el tema poco después de que llegáramos a Somerset anoche.

Natalie soltó a Daphne, se puso de pie y se dirigió hacia la puerta del salón. No sabía lo que estaba pasando, pero estaba dispuesta a descubrirlo de inmediato, y poner fin a la locura.

—No te precipites. Vas a hacer el ridículo —le dijo Daphne, mientras Natalie salía apresurada de la habitación.

No le importaba si toda la casa y todos los invitados que ya habían llegado presenciaban su comportamiento poco femenino. Se recogió la falda y echó a correr por el largo pasillo en dirección al despacho de su padre.

—¡Para ahora mismo! —Su madre se puso delante de ella cuando se aproximó a la escalera—. Eres una dama, no un... niño callejero. Santo cielo, Natalie, compórtate. Tenemos invitados importantes ahora mismo.

—Sí, madre. Natalie intentó rodearla pero la matriarca de la familia volvió a colocarse delante, bloqueando el camino otra vez.

—Tu padre y yo tenemos que hablar contigo. Su madre le lanzó una mirada severa.

Natalie le devolvió una mirada inflexible.

—Perfecto, porque yo también quiero hablar con vosotros.

—Entonces no hay tiempo que perder. Vamos.

Asintió levemente y comenzó a andar con pasos dolorosamente lentos y femeninos junto a su madre, sin decir una palabra más. Algo en sus adentros le gritaba que Daphne estaba en lo cierto. El silencio de su madre hizo que su inquietud aumentara a medida que se acercaban al despacho de su padre. ¿Qué iba a hacer si de verdad le habían buscado una pareja? ¿Debería tener la esperanza de que hubieran elegido al hombre que ella quería?

La sola idea de un compromiso era absurda. Acababa de presentarse en sociedad y nadie había mostrado interés en cortejarla, al menos, nada más lejos que un paseo por Hyde Park. Por otra parte, el matrimonio de sus padres no era por amor, y tampoco creían en ellos. La habían educado toda su vida para ser la esposa perfecta de algún lord que aportara beneficios a la familia. Aun así, ella nunca aceptó aquel destino, siempre tuvo la esperanza de poder encontrar el amor. Con Christian. ¿Sería capaz de abandonar su fantasía juvenil? ¿Encontraría la felicidad en un matrimonio con un hombre al que no amaba?

Natalie siempre había imaginado que el mundo de su futuro esposo giraría en torno a ella. Ella lo sería todo para él. ¿Cómo podría un extraño encajar en ese modelo?

La madre entró en el despacho de su esposo y se sentó en su butaca favorita, cerca del escritorio. Natalie la siguió y se sentó en una butaca idéntica, colocada delante de su padre. Bajó la mirada cuando se encontró con la de su padre. Cualquier cosa que tuviera que decirle, mostraría su máscara

de gracia e indiferencia. Sus padres no aceptarían menos. Si lo que tenían que decir no tenía relación con la fiesta, les preguntaría directamente sobre el «anuncio importante».

Natalie forzó una pequeña sonrisa.

—¿Por qué motivo me habéis llamado?

—¿Sabes que la pillé corriendo por el pasillo como una niña pequeña? — Su madre la miró—. No, claro que no lo sabes, no estabas allí. De todos modos, estas noticias no podían llegar en mejor momento. Nuestra hija necesita un esposo que la guíe.

Qué conveniente que su madre la pillara actuando como una marimacho, corriendo por la casa... Parecía casi como si estuviera organizado, como si los hubiera obligado a elegir a una pareja para corregir su comportamiento poco femenino. Natalie dedicó su atención a su madre, intentando no mostrar la tormenta de emociones que la recorría.

—¿Un esposo?

Su padre se aclaró la garganta.

—Sí, te he encontrado un esposo. En este mismo momento, el conde de Maddox, Lucas Hartfeld, heredero del marqués de Bowmont, está de camino para firmar el contrato de matrimonial. De hecho, esperaba que llegara más temprano hoy.

Aquello no podía estar pasando. Primero, su supuesta mejor amiga la traicionaba, alejándola del único hombre al que había amado, y ahora sus padres querían que se casara con un hombre al que nunca había visto. ¿Qué había hecho que fuera tan malo como para merecer aquel destino? Su corazón latía a toda velocidad, cerró los ojos en un intento de reprimir sus crecientes emociones. La ira, la irritación, el miedo y la incertidumbre lucharon por controlarla. Pero no podía permitir aquello, no les permitiría ganar al saber que la posibilidad de casarse con el conde podría hundirla.

—Es una pareja muy rentable. Nuestra familia se beneficiará y tú, querida, te convertirás en marquesa algún día. —Su madre sonrió.

—¿No puedo opinar al respecto? —La voz de Natalie tembló levemente y tuvo que presionar sus labios para evitar dar muestras de las emociones rebeldes que estaba sintiendo.

Su padre cruzó las manos sobre el escritorio y se inclinó ligeramente hacia delante.

—Por supuesto que no. Como hija nuestra, es nuestro deber casarte. Tu deber es ser obediente y cumplir lo que digamos.

—¿Y qué pasa si amo a otro? —preguntó Natalie, mirando con intensidad a su padre, esperando percibir un rayo de esperanza. Estaban completamente vacíos.

Su madre le agarró la mano. Natalie no consiguió sentir calor a través de sus guantes, pero nunca había sentido calidez de sus padres. No es como si se hubieran portado mal con ella. Habían cuidado de ella y de su hermano, dándoles todo lo que necesitaban para prosperar en la sociedad de Londres. Simplemente no eran cariñosos.

Natalie miró a su madre.

—¿Podría tener algo de tiempo para encontrar mi propia pareja antes de que elijáis por mí?

—¿Tienes a alguien en mente? —preguntó su madre.

—El marqués de Knightly. —Natalie no pudo luchar contra la sonrisa que apareció en su rostro a la sola mención de aquel nombre.

—¿Estás loca? —espetó su padre—. Ese hombre es un réprobo, un disoluto. Su nombre nunca estará ligado al mío. Es una desgracia, un sinvergüenza. La reputación de tu hermano ya ha sido mancillada por relacionarse con él. No me pasará lo mismo a mí.

A Natalie se le cayó el alma a los pies al escuchar la dura reprimenda de su padre. ¿Qué tenía en contra de Christian? Él y su hermano Bradford habían sido buenos amigos desde que eran niños. Christian había visitado su casa en numerosas ocasiones y sus padres siempre parecían darle la bienvenida. Tenía títulos y era rico. Tenía una reputación poco deseable, pero muchos lores eran mujeriegos antes de casarse.

Respiró hondo.

—Estoy en pleno uso de mis facultades mentales. Lord Knightly es un buen partido. Es un noble con títulos y es rico. Algún día será duque, como lo eres tú, padre. Y lo más importante... Lo amo.

Su madre inhaló bruscamente cuando vio que su padre se levantaba. Caminó hacia la ventana en el otro extremo de la habitación, y volvió para colocarse enfrente de Natalie. Ella movió la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Padre.

—¿Te ha comprometido?

—Cielos, no —estalló Natalie levantándose—. Ni siquiera me ha mirado con deseo.

—¿Qué sabrás tú del deseo? —Su madre abrió el abanico y comenzó a agitarlo rápidamente.

—Siéntate —ordenó su padre antes de volver a sentarse en su silla detrás de su gran escritorio de caoba.

Natalie obedeció a pesar de que cada parte de ella quería huir de aquella habitación, de aquella casa, y nunca regresar. Estaba cansada de ser la hija obediente del duque. Según la mayoría de la alta sociedad, Natalie era un diamante de la mejor calidad, guardado en el estante ducal como si fuera una de las invaluable tiaras de su madre. Los duques la hacían desfilar y la ordenaban según les conviniera.

—Si lord Knightly no te ha comprometido, entonces no hay razón para no firmar el contrato de compromiso. Te presentarás y te comportarás apropiadamente. Te casarás con lord Maddox. ¿Te ha quedado claro?

Ella quería negarse, insistir en que se le permitiera elegir a su futuro esposo, pero era completamente inútil.

—Sí, padre.

Él asintió.

—Muy bien. Puedes retirarte.

Natalie se marchó sin mirar atrás. Sus padres podrían forzarla a casarse, pero nunca podrían forzar su corazón, o exigir que olvidara a Christian. Conocería la pasión antes unirse en santo matrimonio con lord Maddox, un hombre al que ni siquiera había tenido la oportunidad de ver en persona.

Capítulo 2

—¿Por qué dejé que me convencieras para hacer este viaje? —preguntó Christian St. Vella, saliendo de su carruaje seguido por Bradford Seymour, lord Greenwich y Grayson Abbot, el duque de Kissinger. Los tres habían viajado juntos desde Londres a la residencia de la familia de Greenwich para la gran fiesta de Navidad que sus padres celebraban en honor a su hermana, *lady Natalie*.

Greenwich le dio una palmada a Christian en el hombro.

—Vamos, amigo. No es como si tuvieras algo que hacer durante estas fiestas.

Christian no pudo rebatir aquello. Si no hubiera acompañado a Greenwich, se habría quedado en Londres entretenido con alguna que otra señorita. No había estado en el ducado de su familia en años. Al menos, no desde que su madre falleció, dejándolo solo con el desgraciado de su padre. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al pensar en aquello. En el momento en el que su ataúd se hundió en la tierra, en la tumba familiar ubicada en la colina detrás de Stedford Hall, Christian se había marchado del único sitio que consideraba su hogar, y nunca miró atrás.

—Esto podría ser divertido —dijo el duque de Kissinger—. Seguramente haya muchas viudas solitarias por aquí.

—Y demasiadas debutantes con sus madres a la caza de un marido. — Christian hizo una mueca.

Greenwich hizo un gesto para que los otros hombres lo siguieran.

—Esta es una reunión respetable en honor a mi hermanita. Tratad de comportaros como los caballeros que supuestamente sois. —Miró a sus amigos con un brillo juguetón en sus ojos—. Me costó mucho trabajo de persuasión aseguraros una invitación a cada uno.

Christian se rio entre dientes mientras caminaba hacia la gran residencia seguido por Kissinger.

—¿Quién ha estado contando mentiras tan absurdas de nosotros? Y más importante aún —continuó Kissinger—, ¿Cómo se han enterado tus padres de la verdad?

Christian sonrió recordando sus escapadas. Se hizo amigo de Greenwich y Kissinger en su juventud. Aquella amistad había perdurado incluso durante

los tumultuosos años de su vida, cuando estaba bajo el control de su padre. Con el paso de los años, se habían ido sintiendo más unidos, consolidando su vínculo. Pasaban muchas horas juntos, divirtiéndose en casas de juegos, clubes de caballeros, burdeles y en sus propios hogares.

El trío se dirigió por el camino a la entrada de la casa. Christian había pasado muchos días y noches bajo el techo de Harrington Gardens, la residencia de la familia de su amigo Greenwich. Había estado recientemente en la residencia para la presentación en sociedad de *lady* Natalie. Un tedioso asunto que hizo que la casa estuviera repleta de debutantes. Se había sentido muy contento de regresar a Londres sin haberse prometido con alguna joven señorita, y con los bolsillos llenos de monedas recién ganadas.

—¿Cómo está *lady* Natalie? —Christian miró a Greenwich. Hubo algunos asuntos desagradables entre ella y su amiga de toda la vida, *lady* Pippa Godfrey, en el recital celebrado durante su presentación. Por suerte, lo habían acomodado en el estudio de Greenwich, y estuvieron refugiados allí catando un Oporto recién llegado.

—No he estado en casa desde la fiesta de Natalie, así que temo lo que nos podamos encontrar —respondió Greenwich—. Lo que sí puedo decirte es que no la han informado sobre el motivo de esta fiesta.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Kissinger, entregándole su abrigo al mayordomo.

Era extraño que los duques no le hubieran dicho a Natalie que la celebración era en su honor. Puede que los cotilleos estuvieran en lo cierto.

—Me vendría bien un brandy. —Christian entregó su abrigo.

—Una idea espléndida. Os serviremos una o diez copas. —Greenwich comenzó a caminar por un largo pasillo.

Christian siempre había pensado que *lady* Natalie y *lady* Pippa formaban una pareja extraña. Aquellas dos mujeres eran completamente opuestas. Natalie siempre había sido una niña malcriada, vivaz y molesta. Era ruidosa y exigente, y siempre encontraba la manera de fastidiarles los planes a Greenwich y a él cuando eran pequeños.

Por otro lado, *lady* Pippa tenía una naturaleza tranquila y dulce. La mayor parte del tiempo seguía y hacía lo mismo que Natalie pero, de alguna manera, no era tan molesta.

—¿Merece mi tiempo esta historia? —Kissinger se alisó la corbata mientras el grupo irrumpía en la sala de fumadores.

No había mucho que contar, a menos que Greenwich supiera más que Christian sobre el comportamiento de su hermana. Desde aquella noche, más de una vez reflexionó sobre las acciones de *lady* Natalie preguntándose, sin conseguir entenderlo, por qué se comportó de aquella manera. Sinceramente, a él no le importaba si eran amigas o no, pero tenía una antigua deuda con ella, y pensó que aquella podría ser una buena forma de saldarla.

Hacia algunos años, Natalie había evitado que un carruaje fuera de control lo atropellase, empujándolo fuera del camino. Lo cierto era que ella lo había avergonzado durante el proceso, pero de no ser por ella, habría terminado en el suelo con huellas de pezuñas en su trasero.

Greenwich se acercó al aparador y sirvió dos dedos de brandy en un vaso.
—No es muy probable.

Christian agarró la licorera y otros dos vasos antes de sentarse en una silla de respaldo alto. Le dio a Kissinger una de las copas, y luego lleno la suya hasta el borde con el licor ambarino.

—Algo sucedió entre ellas. Fuera lo que fuese, ha hecho que *lady* Natalie se la tenga jurada a su amiga

Dio un largo sorbo, disfrutando del ardor que el brandy le provocaba al deslizarse por su garganta.

—*Lady* Natalie anunció que *lady* Pippa tenía pensamientos indecorosos con su profesor de música, insinuando que mantenía otro tipo de relación con el hombre, el Sr. Giles. Eso es todo lo sé del asunto, ya que Greenwich y yo estuvimos entretenidos en otro lugar cuando sucedió.

—¿Y qué pasó después de la declaración de *lady* Natalie? —insistió Kissinger—. ¿Podría tener la oportunidad de meterme bajo las faldas de *lady* Pippa?

—Para nada. —Greenwich volvió a su bebida—. Por lo menos, no que yo sepa. Al parecer su reputación está intacta.

—Tendrás que perseguir una falda más adecuada, Kissinger. —Christian hizo girar el brandy en su copa.

—Cualquier falda me vale. —Kissinger guiñó un ojo.

—Por qué lo hizo es un maldito misterio. —Christian saboreó otro trago de su brandy. Sentía demasiada curiosidad por saber qué provocó aquella declaración de *lady* Natalie. Siempre estuvieron muy unidas. Era un poco extraño que se pusiera en su contra de manera tan drástica, ¿no?

Greenwich alzó una ceja rubia.

—¿Has conocido a mi hermana?

—Claro —respondió Kissinger riéndose entre dientes—. Es verdad que *lady* Natalie siempre ha tenido mucho carácter.

Christian estiró las piernas y se recostó en su silla.

—¿Recuerdas la vez que no la dejamos acompañarnos a Bond Street? Quería un nuevo sombrero y se puso como loca cuando la dijimos que no la llevaríamos a comprarlo.

—Soltó nuestros caballos y ordenó quitar las ruedas del carruaje. — Kissinger sonrió, sacudiendo la cabeza.

Greenwich se inclinó hacia adelante.

—Luego escondió su tímida sonrisa detrás de su abanico cuando se lo recriminamos. Y, lo peor de todo, mi madre nos obligó a llevarla a comprar el maldito sombrero.

Christian todavía podía visualizar la expresión de satisfacción en el rostro de Natalie cuando él y sus amigos regresaron a casa después de descubrir que sus caballos habían desaparecido. No había el menor atisbo de disculpa en sus ojos.

—Lo recordaré el resto de mi vida. Te juro que nunca he visto ese tipo de cosas en ninguna otra dama. —Kissinger volvió a llenar su vaso—. Si tuviera que casarme, nunca sería con gente como tu hermana, Greenwich; ahora, *lady* Pippa es una historia diferente.

Christian no pudo evitar estar de acuerdo con Kissinger, aunque él nunca expresaría su opinión ni le faltaría al respeto a la hermana de Greenwich de aquella manera. Terminó su bebida con un largo trago.

—Que Dios ayude al pobre desgraciado que acabe encadenado a ella.—Si los rumores estaban en lo cierto, pronto se enterarían de quién era aquel pobre infeliz—. ¿Crees que los rumores son ciertos, Greenwich?

—Sí. La última vez que estuve aquí, mi padre insinuó que quería asegurarle una pareja. —Levantó la licorera ahora vacía y se dirigió hacia el aparador antes de girarse para mirar a sus amigos—. Si me disculpáis, debo anunciar nuestra llegada al duque.

—Muy bien, pero sé un caballero y tráenos otra jarra antes de irte. Christian hizo un gesto hacia el aparador.

Kissinger se levantó.

—Me temo que vas a beber solo, Knightly. No quiero acabar borracho antes de la cena.

—No sabía que algo como eso te molestara. —Christian cogió la licorera que Greenwich le ofrecía y se sirvió dos dedos del licor en su copa.

—Pronto tendremos la ocasión de beber hasta hartarnos. Por ahora, me gustaría quitarme el polvo del viaje y encontrar a una viuda solitaria o dos. — Kissinger asintió e, imitando a Greenwich, salió de la habitación.

Le encantaría estar en la sala cuando anunciaran a Natalie su compromiso. Puede que sus padres ya la hubieran informado, de lo contrario, lo harían pronto. ¿Cómo se tomaría aquella diabla la noticia? Conociendo a Natalie como lo hacía, apostararía a que se rebelaría y no esperaba menos de ella. Era como una tormenta de verano abriéndose paso por la tierra. Siempre había sido de aquella manera.

Inclinó su copa, saboreando lo que quedaba de brandy, después se aproximó al aparador y colocó el vaso vacío en una bandeja de plata antes de irse. No debería perder más tiempo pensando en *lady* Natalie y en su amistad o enemistad con *lady* Pippa. No eran de su incumbencia.

Aun así, las conocía desde hacía mucho tiempo, casi toda su vida. Greenwich y Kissinger eran como familia para él y, por ello, también *lady* Natalie. ¿Podrían él y sus amigos ser tan cercanos como hermanos un día y ser enemigos al siguiente? Se estremeció antes la idea mientras comenzaba a subir las escaleras que conducían a la habitación de invitados.

De no ser por sus amigos, tendría una existencia solitaria y aburrida. Solo Dios sabía el frío desgraciado que tenía por padre, y además tampoco tenía ningún hermano. Sacudió la cabeza para quitarse aquellos pensamientos. No había ninguna necesidad de meditar sobre asuntos tan serios cuando había faldas que perseguir y buenos licores que beber.

Capítulo 3

—Tal vez encuentres al conde de tu agrado —dijo Daphne.

Natalie dejó caer la cortina, permitiendo que volviera a su lugar en la ventana del salón.

—Estoy segura de que no será así.

Que su prima fuera tan optimista a cada momento del día la irritaba sobremanera. Era como si la mujer no se diera cuenta de que su primera temporada había comenzado y finalizado sin tener siquiera un solo pretendiente.

Además, el mensaje de los duques estaba claro. Las palabras de su padre le venían a la mente. Tenía que desposarse con un extraño para el bien de su familia. Era su deber y lo cumpliría incluso si aquel acto le rompía el corazón, y no le cabía duda de que lo haría.

—De todos modos, haré lo que me han ordenado mis padres.

¿Qué otra opción tenía? Ciertamente no le gustaba incitar la ira de su padre o el desprecio de su madre.

Daphne dejó a un lado su aguja y cruzó las manos sobre su regazo.

—A mí no me importaría mucho que mis padres me eligieran un esposo. Si lo hicieran, me evitarían asistir a otra temporada de eventos sociales. Detesto tener que sentarme apartada con las otras chicas, como una marginada. —Daphne desvió la mirada—. Yo nunca seré tan bella como tú.

Quería desmentir la valoración que tenía su prima sobre sí misma en comparación con el resto de debutantes de la última temporada, pero con una figura tan redonda y con una timidez tan notoria, no había otra forma de definirlo.

—Estoy bastante segura de que tus padres no elegirían a un desconocido, como han hecho los míos. —Su tono era frío y Daphne se puso rígida ante sus duras palabras—. En cuanto de lo de ser una marginada, es una tontería, simplemente tienes que pasearte por la sala para que los caballeros tengan la oportunidad de fijarse en ti. Tienes que alejarte del rincón y aprender cómo batir tus pestañas. Puede que incluso te diviertas.

Las mejillas de Daphne se volvieron carmesí.

—No, no creo que elijan a un desconocido para mí. —Bajó la mirada a su regazo, evitando por completo el tema de ser una marginada—. Lo siento.

Natalie cerró los ojos con una urgente necesidad de escapar un momento. ¿Quién era Lucas Hartfeld, conde de Maddox? No debía de moverse en sus círculos, ya que nunca había oído hablar de él. ¿La alejaría de sus amigos y familiares una vez que estuvieran casados? ¿La llevaría a algún rincón lejano de Inglaterra? Se estremeció al darse cuenta de que al ser su esposa, él tendría derecho a llevarla donde quisiera. Y a ella no le quedaría más remedio que ir obedientemente. ¿Podría domar su vena rebelde y comportarse como una esposa dócil?

Una pregunta mucho más importante se le vino a la mente. ¿Conseguiría experimentar pasión con ese matrimonio?

Natalie miró a Daphne.

—Dime, ¿sabes algo del conde de Maddox?

—Me temo que no —respondió Daphne.

Natalie se acercó a la chimenea, anhelando el calor que irradiaba. Levantó las manos con las palmas mirando hacia las llamas. ¿Vivirían en una casa tan cómoda como Harrington Gardens y la residencia familiar de Londres o sería desterrada y condenada a vagar por heladas habitaciones con corrientes de aire?

—¿Cómo pueden esperar que me case con un hombre al que nunca he visto? Un hombre del que no sabemos nada. —Su mirada permaneció fija en las temblorosas llamas anaranjadas, perdida en la pesadilla que podría ser su futuro—. Podría ser un completo sinvergüenza, un maltratador de mujeres o, que el cielo no lo permita, estar a un paso de la prisión para morosos.

Daphne se acercó a Natalie y le puso una mano en el brazo.

—Seguramente tu padre conoce al conde. No creo que te desposara con un hombre en el que no confía para cuidarte, o al menos habrá considerado lo que vas a ganar con este enlace.

—¿No te referirás a lo que van a ganar mis padres? —Natalie no pudo evitar pronunciar esas palabras con desprecio.

—Después de todo, él es un hombre de negocios —suspiró Daphne. Fue la declaración más cierta que había salido de sus labios.

Se iba a volver loca si seguía pensando en un futuro sobre el que no tenía ningún control. Exhalando un suspiro, apartó sus manos del calor del fuego y se giró hacia Daphne.

—Espero que tengas razón, y no quiero hablar más...

La puerta se abrió golpeando la pared con fuerza, e hizo que un retrato que colgaba cerca se zarandeara. Lord Knightly, seguido por su hermano y el

duque de Kissinger, entraron en la habitación. Su corazón dio un vuelco y las palabras se le atragantaron en la garganta. Le habían comunicado que Bradford llegaría esa tarde pero nadie mencionó a sus amigos. Por supuesto, ella esperaba que lord Knightly asistiera a la fiesta de Navidad, pero no pensó que llegaría antes que los demás invitados, cuya llegada estaba prevista para dentro de dos días.

—Señoritas. —El duque de Kissinger ofreció una reverencia. Lord Knightly y Bradford hicieron lo mismo.

—Escuché que habías llegado, Bradford, pero no me dijeron nada de tus amigos —dijo Natalie haciendo un esfuerzo para que las palabras le salieran de su boca—. Es siempre un placer, su excelencia. —Hizo una breve inclinación de cabeza hacia el duque de Kissinger antes de girarse hacia Christian—. Lord Knightly.

Daphne saludó a los caballeros también y se dirigió a sentarse en una silla de respaldo alto, claramente incómoda con los visitantes masculinos.

Bradford se acercó y dio un beso a Natalie en la mejilla.

—¿Qué tal estás?

El brillo en sus ojos le indicó que ya había ido a ver a su padre y que estaba al tanto de su inminente compromiso. Hizo un gesto con la barbilla.

—Muy bien, gracias.

Si no mostraba sus emociones en público tampoco lo iba a hacer frente a su hermano. Ya le había revelado demasiado a Daphne. Natalie la observó sentada cabizbaja, arrancando pelusas imaginarias de su falda. Al menos, confiaba en que su prima no traicionaría su confianza. Además, tampoco se había abierto del todo con ella.

—Permite que nos sentemos.

—Después de ti. —Bradford extendió un brazo señalando los muebles que había alrededor de la chimenea.

—Siempre has sido un caballero —dijo Natalie con una sonrisa de complicidad y se sentó en una silla.

Christian se rio entre dientes, lanzando una mirada a Bradford. Natalie no podía quitarle los ojos de encima, observó cada detalle mientras él cruzaba la habitación y se sentaba, estirando sus largas piernas. Parecía más musculoso que la última vez que lo había visto y su piel estaba ligeramente bronceada. Dudaba mucho que lord Maddox se pudiera comparar con él a cualquier nivel. Christian era la perfección masculina desde su pelo negro y ojos azules, a sus anchos hombros y musculosos muslos. Por lo que se imaginaba,

lord Maddox debía de ser un hombre corpulento, de mirada apagada y con una actitud repulsiva. El tipo de hombre al que nunca podría sentirse atraída y, menos aún, sentir amor.

Una cosa era segura: Natalie sentiría la verdadera pasión antes de atarse al conde. Los brazos de Christian la envolverían mientras sus labios se fusionaban en un beso.

—¿Les apetece jugar a algo mientras esperamos a que sirvan la cena? —dijo mirando a los otros, con una sonrisa en su rostro.

—¿A la Gallinita Ciega, quizá? —Daphne volvió a apoyar las manos en su regazo.

Bradford sonrió, dirigiendo su atención a Natalie.

—Madre nos prohibió que jugáramos a eso dentro de la casa después de que Natalie rompiera su jarrón favorito al tropezarse con los ojos vendados.

—No me tropecé. —Lo fulminó con la mirada, y lanzó una rápida mirada a Christian para observar su reacción a la declaración de su hermano de que ella era torpe.

—Lo hiciste... Justo con esa mesa. —Bradford señaló al otro lado de la habitación a una mesa de tres patas de caoba, que estaba cerca de una ventana que llegaba desde el suelo hasta el techo.

Natalie se cuadró de hombros.

—Estás equivocado. —Sonrió con dulzura—. De todos modos, la Gallinita Ciega mejor no. ¿Qué os parecería jugar a los Médicos?

—Una elección espléndida —dijo su excelencia, el duque de Kissinger, mientras se recostaba contra el diván—. Siempre y cuando una de las damas sea el médico.

—Muy bien. Ahora actuad como si tuvierais una horrible enfermedad. —Natalie se levantó y se alisó la falda.

Daphne colocó una mano enguantada sobre su frente e inclinó la cabeza hacia atrás, mientras que Bradford se reclinó sobre el brazo de su silla. Christian imitó al duque, y se estiró sobre un diván. Natalie se quedó un momento observando a cada uno de ellos antes de empezar el juego. Si conseguía que Christian pagara prenda, podría pedirle un beso.

Natalie se acercó a su prima, luego tomó la muñeca de Daphne y le tomó el pulso.

—*Lady* Daphne, ¿cuáles son sus síntomas?

—Me duele mucho la cabeza. —La muñeca de la chica estaba húmeda y pegajosa, como si realmente estuviera enferma.

—No se preocupe, pronto va a encontrarse mejor. —Sostuvo su barbilla entre su pulgar y su dedo índice, evaluándola. El truco para conseguir hacer a Christian pagar prenda sería proporcionar curas detalladas, para dificultar que lo recordasen más tarde—. Simplemente debe hacerse cosquillas en las plantas de los pies con la pluma de un pavo real cada noche.

Daphne soltó una risita.

—Muchas gracias, doctor.

Natalie asintió con la cabeza antes de dirigirse a su próximo paciente. Esperaría el momento adecuado, dejando a Christian entre Bradford y el duque. Seguramente si se tomaba su tiempo, sus probabilidades de sorprenderlo aumentarían.

Tomó la muñeca de Bradford, buscando su pulso.

—Temo que hayas muerto, querido hermano, porque no puedo sentir nada.

Él tiró de su brazo, liberándolo.

—Sigue adelante.

—Oh, como quieras. ¿Qué te ocurre?

—Tengo acidez de estómago —dijo con tono apagado.

Natalie arqueó una ceja, no le había impresionado nada su actitud repentina.

—Necesitarás un tónico para curar tu enfermedad. Para curarte debes tomar cada cuatro horas una pinta de decocción de clavelina, con tres cucharadas de azúcar refinada.

—Claro. —Bradford sacudió la cabeza antes de volver a apoyarla en el brazo de la silla.

—Lord Knightly, si me permite. —Le sostuvo el brazo, tomándose su tiempo para localizar su pulso. El ritmo regular latía bajo sus dedos, provocando que su propio pulso se acelerara. Sin soltarlo, le preguntó:

—¿Qué le ocurre, mi señor?

—Estoy ardiendo con fiebre. —Christian dio un suave tirón para liberar su muñeca.

En aquel momento, le hubiera venido muy bien su abanico ya que su temperatura también había subido. Mientras pensaba la prescripción, notaba cómo su rostro ardía. Esta vez, no tenía que ser tan complicado como a los otros, ya que no le iba a preguntar sobre su propia cura.

—Un tazón de hielo valdrá. Dos cubos por la noche y uno por la mañana le bajarán la fiebre enseguida.

—Muchas gracias, doctor. —Un extremo de su boca se tornó en media sonrisa antes de dirigirse hacia el duque.

—Su excelencia, tiene mal aspecto. Permítame que le tome el pulso.

El duque de Kissinger ladeó la cabeza.

—Estoy tan cansado que apenas puedo abrir los ojos, doctor.

—Hay una solución fácil para esa dolencia. Necesita dormir durante nueve horas y media, su excelencia. —Se le escapó la risa al darse cuenta de lo absurdo que sonaba su prescripción, y después se giró para mirar al resto de pacientes.

Había llegado el momento de interrogarlos y descubrir lo que recordaban sobre sus tratamientos. Estaba segura de que Daphne iba a recordar todos los detalles. Siempre había tenido muy buena memoria. Quizá fuera por todas las horas que se había mantenido al margen, observando todo. Natalie se paró frente a Daphne, decidida.

—Lord Knightly está enfermo con fiebre. ¿Cuál sería la prescripción en este caso?

—Un tazón de hielo. Dos cubos por la noche seguidos de uno por la mañana —dijo Daphne, y sonrió con confianza.

—Has acertado, como sabía que lo harías.

Natalie dirigió su atención a Bradford.

—Veamos si la memoria de mi hermano es tan refinada como la tuya.

Lady Daphne está sufriendo un dolor de cabeza. ¿Qué remedio se necesitaría en este caso?

—Necesita que le hagan cosquillas en la planta de los pies con una pluma cada noche, antes de acostarse.

Natalie levantó una ceja.

—¿Qué tipo de pluma se necesita?

—Faisán... no, avestruz —dijo Bradford, levantando la cabeza del brazo de la silla.

—¡Ja! Me debes prenda. Ordené que se hiciera con una pluma de pavo real.

Bradford se sentó derecho y miró a Daphne.

—¿Está diciendo la verdad?

Natalie soltó un suspiro exasperado.

—Por supuesto que estoy diciendo la verdad. No tengas tan mal perder.

—¿Daphne? —insistió Bradford.

La chica liberó su labio inferior de entre sus dientes y miró a Natalie y Bradford.

—Dice la verdad.

—Muy bien, entonces te lo reconozco.

Ya solo quedaban Christian y el duque por preguntar. Observó detenidamente a los dos hombres intentado decidir el mejor orden para proceder. Si preguntara primero al duque, Christian solo tendría que recordar una opción. Preguntándole al él primero, tendría la posibilidad de que, aunque recordara el remedio, no lo asociara con la dolencia correspondiente.

—Lord Knightly, mi hermano se quejó de acidez de estómago. ¿Cuál debe ser su prescripción?

Natalie cruzó las manos a la altura de su vientre y rezó para le diera una respuesta incorrecta.

Christian levantó la cabeza y colocó el brazo debajo.

—*Lady* Natalie, le mandaría un tónico hecho con una pinta de decocción de clavelina con tres cucharadas de azúcar refinada, cada seis horas.

Le dio un vuelco el corazón cuando escuchó su error, iba a conseguir su tan ansiado beso. Después de controlar su reacción exagerada, sonrió con timidez.

—Y así solo empeoraría su estómago al administrarle la dosis incorrectamente. Me debe prenda, mi señor.

—Bien jugado. ¿Qué desea que haga?

Natalie luchó por que no apareciera una sonrisa en sus labios, los cuales iban a sentir los de Christian antes de que terminara el día.

Capítulo 4

Christian esperó a que Natalie respondiera, sin estar muy seguro de qué le iba a exigir aquella diablilla. El brillo en sus ojos le hacía pensar que tenía que ser cuidadoso. ¿Cómo no se había fijado antes en la belleza que tenían? Eran de un tono azul fascinante, más parecido al turquesa. La clase de ojos en los que un hombre podría hundirse. La había mirado durante muchos años, pero nunca la había visto como lo hacía en aquel instante. Parpadeó para romper su embeleso, recordándose a sí mismo que ella no era para él. Aun así, no podía dejar de observarla.

—Todavía no es el momento de recolectar, mi señor. —Natalie sonrió con picardía, y luego se dirigió hacia la silla de brocado roja donde Kissinger se recostaba.

Christian la escuchó interrogar al duque, incluso escuchó la respuesta de Kissinger, pero no entendía lo que decían. Era como si estuviera viendo a Natalie por primera vez. ¿Cuándo se había convertido en una mujer? Siguió con los ojos la curva de su cintura, y continuó por el vuelo de la falda en sus caderas, antes de volver a observar aquel rostro angelical. Lástima que debajo de toda esa belleza la mujer fuera un demonio sin ningún control.

Greenwich tendría que darle refugio y esconderlo de Natalie si la hacía enfadar, y tendría que estar loco para casarse con ella. Sería una esposa desastrosa, con demasiadas necesidades y exigente. Si eso llegara a suceder, sus días de ocio terminarían: clubes, juegos, mujeres; podría seguir asistiendo, pero probablemente exigiría que lo acompañara. Le vetarían la entrada a los clubes, y aunque ella seguramente tendría buena mano con las cartas, las señoritas que normalmente lo acompañaban a él, preferirían estar con ella. Sería un desgraciado con una esposa así. Maldita fuera, cualquier esposa lo haría miserable.

—A ustedes, caballeros, se les da realmente mal este juego. —Natalie se echó a reír.

Su alegría llenó la habitación, y también se le contagió a él, sin embargo, pronto se amargó cuando se dio cuenta de que se había reído de él.

La declaración de Natalie lo sacó de sus reflexiones. Se puso de pie y caminó hacia la ventana, observando el oscuro cielo, necesitando una

distracción. Un buen trago le habría venido bien. Lástima que no hubiera bebido más antes de entrar al salón.

—Si no fuera por Daphne, nunca creería que ninguno de nosotros dijo una respuesta incorrecta. —Bradford se frotó la mandíbula—. Decide los castigos para que podamos concluir el juego.

Christian se volvió hacia los asistentes, su mirada colisionando con la de Natalie, que le provocó un escalofrío. Solo podía imaginarse las torturas que les esperaban. La última vez que la debía prenda, le hizo ordenar sus lazos, pero antes de aquello, tuvo que asistir a su clase de baile. Hubo otra vez que les hizo a Greenwich y a él llevarla a pescar. Tendrían que haberse mostrado recelosos cuando ella les pidió jugar, puede que tuvieran que haberse negado.

Ella puso su atención en Kissinger.

—Va a haber un baile la primera noche de fiesta. Deseo que bailes con *lady* Daphne.

Christian no pudo evitar que una sonrisa divertida apareciera en su rostro. Al duque no le haría ninguna gracia bailar, y mucho menos con una señorita soltera. Cuando acordaron asistir con Greenwich, los tres decidieron que pasarían el tiempo en la sala de juegos, acudiendo al baile solo el tiempo necesario para estar presente cuando anunciaran la gran noticia, para no enfadar a sus anfitriones.

—No es necesario —dijo Daphne sonrojada.

Kissinger se incorporó en su silla y sonrió.

—Será un honor bailar con la dama.

Mentía muy bien, Christian le concedería eso. Lo único por lo que se sentiría honrado sería por levantarle la falda. Aunque fue muy caballeroso por su parte no avergonzar a la dama y aceptar su castigo. Con suerte, Natalie le pediría algo trivial y fácil.

Natalie hizo un gesto en dirección a Greenwich.

—Jugarás con *lady* Daphne y conmigo a un juego de mi elección. Por supuesto, su excelencia y lord Knightly están invitados a unirse a nosotros. —Miró entre él y Kissinger—. ¿Vendrán?

—Puede contar con ello —respondió Kissinger por los dos.

Christian asintió con la cabeza, sintiéndose como un ratón en las garras de un gato. Lo último que deseaba era pasar la tarde en compañía de aquellas damas cuando tenía un buen licor para beber. Pero, ¿qué opción tenía? No podía negarse después de que los demás hubieran aceptado, sería visto como

un desaire. Christian no faltaría el respeto a un miembro de la familia de Greenwich, sin importar que fuera su caprichosa hermana.

De todos modos, no le haría daño pasar tiempo con Natalie. A lo largo de los años, se habían hecho compañía el uno al otro en muchas ocasiones. Ella se comportaría de forma molesta y, al final, él se alegraría de alejarse de ella y con la misma necesidad de beber como la que tenía en aquel momento. Además, solo podía beber hasta cierto punto, ya que la celebración iba a durar varios días. Iba a necesitar algún tipo de distracción para no aburrirse.

Cogió aire y lo soltó lentamente mientras esperaba su orden. Ella lo observó un instante, y luego dirigió su vista al suelo. Había tenido suficiente de sus juegucitos.

—¿Y qué quiere que haga yo?

Natalie lo miró a los ojos, con una sonrisa tímida tirando de sus labios rosados y carnosos.

—Todavía no estoy segura. Vámonos para que podamos prepararnos para la cena y ya le comunicaré su castigo cuando haya decidido algo apropiado para usted.

—Me temo que estás en problemas, Knightly. —Greenwich sonrió.

Christian apretó la mandíbula con enfado.

—Probablemente.

Nunca debieron permitir que se saliese con la suya con aquellas demandas tan extravagantes. Era algo inaudito, excepto para *lady* Natalie. Lo normal era pedir besos o hacer cacarear como una gallina al que había perdido el juego. Cosas rápidas que se podían hacer antes de que el grupo se dispersara.

Natalie hizo una reverencia.

—Hasta luego.

Greenwich y Kissinger se pusieron de pie.

Ella les hizo un gesto con la cabeza y, tras hacer otra seña a Daphne, ondeó la mano hacia la puerta.

—Vamos, no queremos quedarnos sin tiempo.

Daphne se levantó y ofreció otra reverencia y las dos mujeres abandonaron la sala. La ira de Christian aumentó cuando vio a Natalie desaparecer por el pasillo. Le estaría bien empleado si se negaba a cumplir lo que se le ocurriera. Quizá es lo que tendría que hacer.

—Me vendría bien un refugio, señores —dijo Kissinger, mientras se alisaba la corbata.

—Estaba pensando lo mismo. —Christian cogió un vaso del aparador, se sirvió tres dedos de brandy y luego pasó la licorera a Kissinger—. ¿Te unes a nosotros, Greenwich?

—A mi madre le dará un ataque si llegamos a la cena con varias copas de más —respondió Greenwich, pero aceptó la jarra—. Pero, por una o tres no pasa nada.

Christian se rio entre dientes, chocando su copa contra la que había cogido Greenwich.

—¡Salud!

—Mejor que prepares esos zapatos de baile —bromeó Greenwich, mirando a Kissinger.

—Estoy deseando que llegue ese momento. Ha pasado mucho tiempo desde que he tocado algo tan puro. —El duque guiñó un ojo.

—Más vale que no deshonres a mi prima. —Greenwich dio un buen trago a su copa—. Es una chica dulce, y no está acostumbrada a pasar tiempo con caballeros como tú.

—No temas, ella estará a salvo conmigo. No tengo ningún deseo de comprometerme.

La mente de Christian volvió a Natalie, sin prestar atención a las bromas de sus amigos. Parecía que estaba de buen humor, a pesar de su inminente boda. Había mostrado la misma naturaleza traviesa de siempre. ¿Estaba feliz por el matrimonio o, simplemente, no se lo habían dicho todavía? Quizá estaba ganando algo de tiempo para procesar su inminente destino. Que el cielo los ayudara a todos si ella estaba planeando algo, porque no podía imaginar que ella aceptara de tan buena gana aquel mandato si realmente no deseaba ese enlace.

—¿Qué te tiene distraído, Knightly? —dijo Greenwich sirviéndose más brandy.

—Nada, estaba saboreando el brandy, nada más —mintió Christian, sin querer debatir sobre sus reflexiones. Ya le había dedicado demasiado de su tiempo a Natalie.

—Es de alta calidad. —Kissinger vació su copa de un rápido trago—. Casi tan bueno como mi reserva privada.

—Pareces sorprendido, como si estuvieras en la taberna de un pueblo y no en la residencia de un duque —dijo Greenwich, y colocó su vaso vacío en el aparador—. Hablando de lugares, será mejor que nos unamos a los demás en el salón. La campana avisando la cena sonará en breve.

Caminaron por el pasillo que conducía al salón, Natalie y *lady* Daphne conversaban con otra dama en el centro de la sala. El pulso de Christian se aceleró por la irritación de verla. ¿No había escapatoria? Ya la había aguantado todo lo que podía, y tenía la esperanza de terminar la cena y retirarse con sus amigos.

—Bradford, ven a saludar a *lady* Gertrude —lo llamó Natalie.

Christian siguió a Greenwich que se acercaba a las tres damas, de pronto comenzó a palparle la cabeza. Se hicieron las presentaciones, resultó que la dama era otra prima. Por lo menos, su voz no le desquiciaba como la de Natalie. Al parecer, la mayoría de la familia había llegado pronto. Lo último que Christian quería era perder el tiempo comportándose apropiadamente y charlando con jovencitas que buscaban casarse. ¿Por qué había aceptado asistir a aquel evento? Tragó para suavizar el nudo en su garganta. Había accedido porque no tenía otro lugar al que ir, sin familia de la que hablar. Lo que menos deseaba era pasar otras fiestas encerrado en algún salón de juego o en su club de caballeros.

—Sed caballeros y acompañadnos al salón —dijo Natalie con una sonrisa, agarrando el brazo de Christian.

Sus amigos ofrecieron sus brazos al resto de damas antes de echar a andar por el pasillo.

Natalie disminuyó la velocidad para hacer que se quedaran atrás.

—Ya he decidido tu castigo —susurró.

Christian dirigió la mirada al papel doblado que sostenía en su mano libre. ¿A qué estaba jugando?

—Tómalo y asegúrate de que nadie más vea su contenido. —Metió la nota en el bolsillo del abrigo de su acompañante antes de acelerar el ritmo otra vez.

Se detuvo frente a la puerta del salón, permitiendo que los demás entraran, y liberó la mano de Natalie que sujetaba su manga.

—Si me disculpas. —Entró en la habitación sin darle tiempo a hablar, se acercó a un rincón apartado y sacó la nota de su bolsillo: «Reúnete conmigo en el invernadero después de la cena. Ven solo. Nat»

¿A qué se debía todo aquello? Volvió a guardar el papel en su chaqueta. ¿Iba a honrar la indebida petición que le había hecho? La forma en la que se le revolvió el estómago le advirtió de que no debía hacerlo. Sin embargo, sintió curiosidad por descubrir por qué lo había llamado de aquella manera.

Miró alrededor de la sala con la esperanza de que nadie lo hubiera visto y se acercó a la mesa.

Capítulo 5

Natalie se paseó entre macetas de hibiscos y las amadas orquídeas de su madre, esperando a que Christian apareciera. Seguramente vendría como ella le había indicado. Abrió su abanico y lo agitó en un esfuerzo por calmar sus nervios. ¿Y si no venía?, o peor, ¿y si traía acompañante? Probablemente tendría que haber exagerado un poco y haber dicho que ella tenía uno. Sin embargo, no es como si nunca antes hubieran estado solos. Cuando eran niños, a menudo se quedaban solos.

Oh, pero ya no eran niños. La sociedad nunca toleraría que no estuvieran acompañados. Él no era el tipo de hombre al que se le podía engañar. Se dio un golpecito en el muslo con el abanico. ¿Por qué no había pensado en el decoro antes de escribir la nota? Si al menos hubiera pedido a alguien que la acompañara, sin duda podría haber afirmado que, al menos, lo intentó.

Llegó a las orquídeas una vez más y se volvió hacia el hibisco, sus ojos fijos en la entrada del invernadero. El aire cálido aumentó su inquietud mientras observaba la puerta y esperaba. Le concedería otros cinco minutos. Si no llegaba en ese tiempo, iría a buscarlo. No iba a permitir que se saliera con la suya después de haberla dado esquinazo. No cuando sabía perfectamente que ella lo estaba esperando.

El olor a canela de la orquídea favorita de su madre le produjo un suave cosquilleo en la nariz cuando volvió a rodear las macetas, y se detuvo para inhalar más profundamente. Eran flores exóticas y refinadas, aunque nunca comprendería la obsesión que tenía su madre con ellas. Había llegado a emplear jardineros expertos con el único propósito de cuidar sus orquídeas. En más de una ocasión, su madre le había dicho que debía ser elegante y fuerte como las flores.

Natalie puso sus dedos sobre un grueso tallo y, sin pensarlo, lo rompió y se colocó la flor en el pelo. Su madre se enojaría al descubrir lo que había hecho, lo que hizo que Natalie se sintiera terriblemente complacida. Se sobresaltó al escuchar el chirrido de la puerta al abrirse y se escondió detrás de un helecho cercano como si la hubieran pillado robando los postres de Navidad.

Observando desde su posición, se le cayó el alma a los pies.

—Bradford —dijo saliendo de su escondite—, ¿qué estás haciendo aquí?

—Knightly me pidió que entrara yo primero.

Dejó escapar el aire, sin saber que había estado conteniendo la respiración. Christian estaba allí.

—No puedes quedarte.

—Debo quedarme. Sería inapropiado no ser tu acompañante cuando te estás viendo con un hombre con el que no estamos emparentados. —Bradford sonrió con satisfacción, metiendo las manos en los bolsillos.

Natalie se acercó a él, le puso las manos en los hombros y comenzó a empujarlo hacia la puerta.

—Nada inapropiado sucederá si te marchas.

Oh, ¿por qué no había pensado en un acompañante? Ahora que Bradford se había entrometido en sus planes, seguramente lo echara todo a perder.

Un brillo travieso iluminó sus ojos y se rio entre dientes.

—Nada inapropiado ocurrirá hagas lo que hagas. Knightly no desea mancillarte.

A Natalie le comenzó a arder el rostro y le dio otro empujón.

—No te metas donde no te llaman.

—Quizá se lo debería contar a nuestra madre.

—¡No te atreverías! No puedes. Imagina lo que haría, Bradford. — Natalie dejó caer las manos de sus hombros y le hizo pucheros—. ¿Quién te crees que soy? Actúas como si fuera una doncella mancillada.

Lo miró, su sangre se calentó con furiosa indignación. ¿Cómo se atrevía a pensar que iba por ahí, citándose con hombres? No importaba que aquello fuera exactamente lo que pretendía... No debería asumir eso de ella.

—Tranquilízate. Subirte las faldas no va a cambiar nada. —Bradford sacudió la cabeza—. Ambos sabemos lo que estás haciendo aquí.

Ella cerró los ojos un instante. Estaba en lo cierto, no podía continuar mintiéndole, al menos, más de lo que se mentía a sí misma.

—Te lo ruego, no le digas una palabra a nadie.

—Eres todo un entretenimiento —dijo riéndose entre dientes mientras caminaba hacia la puerta—. Estaré afuera por si Knightly necesita mi ayuda.

—Puede que seas tú el que la necesite —dijo Natalie mientras agarraba una maceta y se la lanzaba. El proyectil falló y se estrelló contra el suelo—. Tú no eres nada entretenido.

—Será mejor que limpies este desastre o nuestra madre descubrirá lo que has estado haciendo sin tener que contárselo yo. —Su risa fue aumentando de volumen mientras desaparecía del invernadero.

Natalie debería haberse dado cuenta de que la estaba tomando el pelo. Él tampoco quería que sus padres se enteraran de que su amigo se estaba viendo con su hermana en secreto. Volviendo la vista atrás, la idea que tuvo Christian de hacer cómplice a Bradford había resultado ser una buena idea. Por mucho que le doliera admitirlo, él se aseguraría de que nadie los pillase juntos. Natalie dejó escapar un suspiro y se alisó la falda antes de que Christian entrase. Su corazón latía con fuerza, aquella era su oportunidad.

Se mantuvo de pie con la cadera inclinada hacia la izquierda mientras él entraba en el invernadero y se acercaba a ella.

—Lord Knightly, me complace que hayas venido.

—Lo que debería complacerte es que tu hermano haya sido el único que ha visto la nota. ¿Estás tratando de tirar tu vida por la borda?

Ella tragó al escuchar la dureza de sus palabras y el tono con el que se dirigía a ella.

—Todo lo contrario, por eso dije que no se la enseñaras a nadie. Pero debo confesar que me alegra saber que contamos con la ayuda de Bradford. Va a ser un vigilante excelente. —A pesar de que se había puesto nerviosa, intentó poner una sonrisa encantadora.

—¿Y por qué necesitamos un vigilante? —Christian fijó su penetrante mirada en ella.

Ella alzó una mano temblorosa y acarició con la punta de los dedos su fuerte mandíbula. Incluso a través de los guantes pudo sentir cómo su calor se filtraba en su interior, adhiriéndose a su alma.

—Quiero un beso. Uno mucho más apasionado que el que le diste a *lady Pippa*.

Él agarró la muñeca de Natalie, apartando sus dedos.

—¿*Lady Pippa*?

—No intentes disuadirme negándolo. Vi vuestro encuentro romántico con mis propios ojos. —Natalie le apuntó con un dedo.

Christian arqueó una ceja oscura.

—Debo confesar que estoy fascinado. Por favor, continúa.

—Sabes bien lo que pasó. —Natalie puso los brazos en jarra. Su sangre caldeada con la frustración que sentía.

—De hecho, lo sé, y no hubo ningún beso. —Christian se frotó la parte posterior del cuello y retrocedió un paso—. Y tampoco habrá ninguno ahora...

—¡Sí que hubo beso! —No le permitiría seguir fingiendo que no había ocurrido—. Fui a buscarte para el baile... el que reservaste cuando firmaste en mi carné de baile... Imagina mi sorpresa cuando te encontré acompañando a *lady*, y lo digo sin meterme en detalles, Pippa a la terraza.

Las lágrimas humedecieron sus ojos, pero se negó a derramarlas.

—Os seguí afuera, y cuando os encontré, en un rincón bastante oscuro, debo añadir, la tenías entre sus brazos. —Lo fulminó con la mirada, desafiándolo a negar sus acciones aún más.

—Estaba enferma, la seguí para asegurarme de que estaba bien.

Natalie se inclinó acercándose, frunciendo los labios. ¿Cómo se atrevía a seguir mintiendo?

Christian dejó escapar un suspiro de exasperación.

—No era un encuentro romántico.

Ella inclinó la cabeza, observándolo. ¿Podría estar diciendo la verdad? Las imágenes de aquella noche le vinieron a la memoria, los detalles tan nítidos como si fueran recientes. Pippa había estado apretada contra Christian, con la cabeza inclinada hacia atrás y sus labios separados. Natalie sabía lo que había pasado, fue testigo de aquellos momentos secretos. Ni sus ojos, ni su imaginación la habían engañado.

—Admítelo. Solo has venido porque tenías la esperanza de ver a *lady* Pippa una vez más y para continuar donde lo dejaste.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando —dijo él de manera desafiante, estrechando los ojos.

Natalie desvió la vista y cogió aire para tranquilizarse. Se iba a volver loca si continuaba por aquel camino. No había vuelta atrás, lo que había visto no podía borrarse. El pasado permanecería como estaba, independientemente de lo que deseara o reclamara.

—Llámalo como quieras —dijo mientras se aproximaba a él, apretando su cuerpo contra el suyo, disfrutando del calor que irradiaba.

Él la apartó ligeramente y ella inclinó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Me gustaría que me besaras ahora.

—No me apetece en este momento. —Se retiró hacia la puerta—. Buenas noches, *lady* Natalie.

Se le revolvió el estómago, sin pensarlo corrió tras él y le agarró de la manga de su abrigo.

—Perdiste el juego. Así que tienes que pagar la prenda. Simplemente, no puedes negarte.

¿Por qué le negaba aquella petición en primer lugar? Los caballeros besaban a las damas en privado todo el tiempo. No tuvo problema con regalarle un beso a *lady* Pippa. ¿Podía seguir enfadado con ella por haberlo salvado de aquel carruaje sin control hace tanto tiempo? ¿Estaría su ego tan herido que todavía deseaba ajustar cuentas? De ser así, se sentiría profundamente decepcionado porque no tenía la intención de permitirle ganar aquel enfrentamiento.

Se apretó el vientre con la mano. ¿Estaba tan enamorado de Pippa que no la encontraba atractiva? Se le formó un nudo en la garganta y tragó saliva para suavizarlo. Aunque amara a otra, ¿podría su beso probar que ella era mejor opción? Sin embargo, incluso si ella consiguiera convencerlo, ¿cómo podría hacerlo con sus padres? No era el momento de volverse loca pensando en aquellas cosas, ya habría tiempo más adelante. En aquel instante, debía mantener su atención en conseguir que la besara.

Christian la miró con la mandíbula tensa.

—Cumpliré mi deuda en el momento y lugar de mi elección, que no es ni aquí, ni ahora.

Antes de que se le ocurriera algo con lo que rebatir sus palabras, él salió del invernadero dejando que la puerta se cerrara a su paso. Natalie, con la mandíbula floja de indignación, abrió la puerta y se quedó mirando su silueta alejándose. ¡Una hora y lugar de su elección!

¿Cómo se atrevía?

Aquello no iba a acabar de esa manera. Conseguiría su beso, y lo haría también en el lugar y el momento que ella quisiera.

Capítulo 6

Christian arrojó sus cartas sobre la mesa. Aquella era la tercera mano y no le había tocado ni una carta para jugar. Si la tendencia continuaba, volvería a Londres como un mendigo. Su escasez de fondos también sería culpa de Natalie. Apenas podía concentrarse, y mucho menos tranquilizarse, desde la escena del invernadero.

Presionó sus labios juntándolos en una línea apretada.

¿Cómo se atrevía?

Lo absurdo de acorralarlo, exigir un beso apasionado y acusarlo de haber tenido un encuentro con *lady* Pippa, ¿había perdido la cabeza?

—¿Sigues sin ir, Knightly? ¿Cómo puedo aumentar las apuestas en tu contra si nunca juegas tus cartas? —dijo el duque de Kissinger, levantando su vaso de brandy para dar un trago.

Christian se frotó la mandíbula con la mano.

—Ya me has sacado una pequeña fortuna esta noche.

Greenwich golpeó con los dedos la superficie de la mesa de juego.

—Mala suerte. Quizá lo que necesites sea beber más rápido. —Soltó una risa antes de vaciar su copa y hacer señas a un sirviente para que la rellenara.

Christian sonrió, se recostó en su silla y bebió un poco de brandy mientras sus amigos seguían jugando. Beber más rápido no mejoraría las probabilidades de que al darle el beso que deseaba, encontrara la paz.

No dejaba de darle vueltas a las palabras de Natalie. El supuesto encuentro con Pippa... El cómo exigía un beso apasionado... El fuego en su mirada cuando lo desafió. ¿Por qué no podía quitarse a Natalie de la cabeza? ¿Deseaba besarla? Apostaba a que sus labios eran suaves como la seda y su boca dulce. Sacudió la cabeza, y luego dio un largo trago de brandy, disfrutando del ardor que le producía el licor mientras se escurría por su garganta.

No podía sentirse atraído por Natalie. Era demasiado mimada y consentida. Su mera presencia lo irritaba. Además, aquella niña escandalosa era la hermana de su mejor amigo. ¡Qué demonios!, también podría considerarse su hermana después de haber pasado tanto tiempo juntos. Natalie necesitaba un esposo, no un amante. Él nunca se convertiría en eso, por lo menos no en uno bueno.

—¿Vas esta vez? —preguntó Greenwich mientras barajaba el mazo de cartas.

Christian asintió. Tal vez podría centrarse lo suficiente como para ganar una mano y recuperar parte de su dinero perdido.

Kissinger tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Reparte ya, Greenwich, antes de que me vea forzado a acusarte de desplumarnos.

—Con habilidades tan refinadas como las mías, no es necesario hacer trampas. —Greenwich se rio entre dientes y comenzó a repartir las cartas.

—Cuidado, viejo amigo. Un exceso de confianza ha sido la ruina de muchos hombres —respondió Kissinger, y asintió ligeramente antes de volver a su bebida.

Greenwich sonrió.

—Reza para que ninguno de nosotros termine de esa manera.

Kissinger observó un instante a Christian.

—Quizá ese sea tu problema. Estabas bastante confiado la semana pasada en el White.

—Maldita sea, Kissinger, preocúpate de tus propias cartas —espetó Christian, recogió sus cartas recién repartidas y las colocó en forma de abanico. Las observó: dos picas bajas, el rey de corazones, cuatro de diamantes y la reina de tréboles. Bien podría alguien golpearlo en la cabeza para sacarlo de su miseria. Arrojó las cartas—. Estoy fuera.

—Apenas hemos empezado —protestó Greenwich—. Todavía no hemos apostado. No puedes retirarte.

—No necesito continuar para saber cómo me irá. —Christian se levantó y arrojó una moneda al centro de la mesa—. Ahora, si me disculpáis.

Salió de la habitación con las manos apretadas en los bolsillos, con la intención de buscar consuelo en la sala de fumadores. Sus pasos amortiguados por la alfombra iban al ritmo de los latidos de su corazón, mientras avanzaba por el laberinto de pasillos que conducía a su ansiado destino. Aquella fiesta estaba empezando a resultar bastante desagradable.

Al doblar una esquina, llegaron hasta él ecos lejanos de alegría, risas y conversaciones, además de notas del pianoforte. La mayoría de los invitados habían llegado y, como resultado, la casa estaba abarrotada. Tal vez lo mejor sería retirarse a su habitación esa noche. O mejor aún, salir a pasear con la tormenta, que acechaba con nubes grises y fuertes vientos, encajaría con su estado de ánimo. En aquel momento, no era una buena compañía para nadie.

La melodía familiar de un villancico navideño comenzó a sonar. De niño solía pasar las Navidades cantando «Decoremos los salones» con su madre. Sin darse cuenta, Christian había seguido la música y se encontraba frente a la sala de música. Miró al interior, se sentía más relajado de lo que había estado en todo el día.

Maldición, su pulso se aceleró. Natalie estaba sentada en el pianoforte, el cabello rubio claro y suelto le caía sobre sus hombros y los ojos le brillaban mientras tocaba. Al verla de aquella manera, haciendo algo femenino, sin hacer travesuras, se le hacía difícil compararla con la salvaje a la que estaba acostumbrado. Se apoyó contra el marco de la puerta y la observó.

Un escalofrío de placer recorrió su cuerpo. Le recordó a su querida madre. Bendecida con gracia y belleza, Natalie era el tipo de mujer que un hombre debería de estar orgulloso de llamar esposa. Pero él la conocía bien y sabía que no era tan correcta como parecía.

Observando al resto de sala, advirtió que *lady* Daphne se encontraba a la izquierda de Natalie, cantando junto a su prima. La duquesa de Sheridan estaba sentada cerca del fuego, y había una dama desconocida a su lado. El duque de Sheridan también estaba acompañado por alguien al que tampoco reconoció. Algún lord o alguien importante, a juzgar por la apariencia del hombre. Estaban de pie cerca del aparador de caoba bebiendo y charlando. Había más gente en la sala, pero ninguno que le interesara tanto como los desconocidos.

¿Quiénes podrían ser? ¿Había llegado el prometido de Natalie? Sintió una punzada de arrepentimiento en el pecho.

¿Por qué no había hecho más preguntas sobre los cotilleos? Deseó haberse molestado en indagar sobre el pretendiente de Natalie. Tal vez podría haber averiguado algo sobre aquel hombre. ¿Y si era un indeseable? Como caballero que era, estaba obligado a darle la noticia a sus padres. Pero, ¿y luego qué?, ¿casarse con ella?

Su mirada volvió a posarse sobre ella. Estudió la curva de sus labios, mientras se humedecía los suyos con la lengua. Quizá un beso no fuera tan malo. Se lo debía por haber perdido el juego. Un hombre honorable no lo cumpliría, pero uno que no lo fuera pagaría su deuda, deshonoraría a la dama y seguiría adelante con su vida.

Christian nunca había sido tachado de ser honorable. Tampoco lo habían llamado lo contrario. A pesar de ser un mujeriego, su reputación no se había empañado demasiado. Simplemente, vivía siguiendo sus propias reglas y su

código de conducta, sin destacar demasiado en la sociedad. Quizá darle un beso era precisamente lo que debería hacer. Seguir sus normas, comportarse como le apeteciera, ¿y qué si sus deseos eran los mismos que los de Natalie? Ambos saldrían ganando.

Suspiró y comenzó a alejarse de la habitación. La mirada de Natalie chocó con la suya, dejándolo inmóvil en el sitio. «Maldita sea, muévete», pensó. Su corazón dio un vuelco cuando ella asintió levemente. Ella mantuvo la mirada fija en él mientras tocaba las notas finales, luego rompió la conexión y ofreció a los invitados una sonrisa encantadora.

Cualquier hombre inteligente aprovecharía aquella oportunidad para desaparecer. Al parecer, él no lo era porque se quedó esperando, con la intención de hablar con Natalie, deseando darle el beso que tanto quería.

Se levantó del pianoforte, miró a sus padres, y luego se acercó a la puerta. Por mucho que lo intentara, no podía apartar su vista del balanceo de sus caderas, ni tampoco podía huir.

Logró dar un paso atrás cuando ella salió al pasillo.

—Tenía la esperanza de volver a verte esta noche, mi señor —dijo ofreciendo una sonrisa sensual—. ¿Has reconsiderado mi invitación? Si es así, te daré un lugar y una hora de mi elección.

Invitación, y un cuerno. Lo había exigido, y ahora intentaba volver a controlar el juego. No lo iba a tolerar.

—Como dije anteriormente, yo lo elegiré, mi señora.

Estaba decidido a jugar con sus propias reglas.

Ella entornó los ojos.

—No soy yo quien debe el castigo.

—Ah, pero eres tú la que desea que apriete mis labios contra los tuyos. —dijo con una sonrisa libertina—. Quizá podamos llegar a un acuerdo mañana.

—Christian le guiñó un ojo y se alejó, dejando a Natalie con la boca abierta.

Todos los nervios de su cuerpo le pedían que se diera la vuelta, volviera con ella, y aceptara los términos que ella exigía. En cambio, se concentró en poner un pie delante del otro, paso tras paso, hasta que llegó a la seguridad de su habitación.

Capítulo 7

Natalie dejó caer los palitos chinos de marfil en la mesa, entre Daphne y ella. Habían estado jugando la mayor parte de la mañana, mientras su madre atendía a los invitados, y su padre paseaba furioso por la casa preguntándose dónde estaba lord Maddox. ¿Por qué no había llegado todavía?

El juego era una buena distracción para todos. Por no mencionar, el inminente encuentro entre ella y su futuro prometido.

—Es tu turno —dijo mirando a Daphne.

Daphne agarró una de las piezas y la levantó de la pila.

—¿Dónde te escondías anoche después de la cena?

El pequeño gancho que sostenía Natalie se le escapó de los dedos, chocando contra la dura superficie de la mesa.

—No me escondía. —Recogió el gancho, y se puso a estudiar las piezas de manera exagerada.

—Pensé que te encontraría en el salón con las otras damas. Cuando vi que no estabas allí, asumí que te escabulliste.

Daphne frotó con el dedo la superficie redondeada del último palito que había recuperado. El tono en la voz de su prima le hizo pensar a Natalie que estaba más molesta por no haber podido librarse de otra noche aburrida, atrapada en una sala con mujeres lo suficientemente mayores como para ser su abuela.

—Bueno, asumiste mal. —Natalie levantó con el gancho una pieza, e intentó que no le temblara la mano para quitarla sin mover las demás—. ¡Maldita sea! —exclamó mientras dejaba caer la figura elegida otra vez en la pila.

Estaba distraída desde que vio a Christian en la sala de música; pero antes de aquello, su falta de concentración había comenzado cuando le vio aparecer en Harrington Gardens. Y por si fuera poco, la pregunta de Daphne la había pillado completamente por sorpresa. Quizá debería confiar en ella. Ahora que Pippa no estaba, no le venía mal una nueva amiga. Daphne siempre había sido una niña dulce. ¿Podía confiar en ella? No sería bueno que alguien más descubriese sus intenciones inapropiadas. Tal como estaban las cosas, no podía garantizar que Bradford guardara silencio sobre el asunto.

De todas formas, ¿dónde estaba Bradford? Miró en dirección al pasillo, con la esperanza de verlo aparecer.

—¿Qué crees que deberíamos tocar cuando mi hermano y sus amigos decidan honrarnos con su presencia?

Deberían de llegar pronto porque le correspondía a Bradford pagar su deuda, pero aún tenía que decidir qué actividad le ayudaría a conseguir sus propósitos.

—¿Por qué no les permitimos que elijan ellos? —dijo Daphne y atrapó otro palito de marfil de la mesa con facilidad—. Después de todo, no tenían por qué acceder a pasar tiempo con nosotras.

—Oh, sí, pero lo hicieron. Al menos, Bradford. No olvides que me debe un castigo por el juego. —Natalie capturó con éxito una pieza.

—De todos modos, el duque y lord Knightly accedieron por cortesía. No pasaría nada si les dejamos elegir el juego de la tarde. —Daphne suspiró, volviendo su atención hacia la ventana—. Estoy segura de que deben estar tremendamente aburridos al estar atrapados dentro de la casa por la tormenta. Sin duda, preferirían estar afuera disfrutando de las cosas que hacen los hombres como cazar, cabalgar o visitar la taberna del pueblo...

—Este juego se ha vuelto tedioso —dijo Natalie, aunque para ser exactos, la conversación con Daphne era lo que la aburría.

Natalie se puso de pie y caminó hacia la ventana del salón para mirar la tormenta. Su prima era tonta por sugerir que les dieran a los hombres la opción de elegir. Incluso si Natalie no tuviera motivos ocultos, y no estaba segura de que realmente los tuviera, sería imprudente dar el control a Bradford.

—Muy bien. Llevamos jugando horas y tengo la espalda rígida de estar sentada. —Daphne se levantó y se acercó a Natalie—. Quizá deberíamos pasear por la sala o por el pasillo mientras esperamos a los caballeros.

—Puedes hacer lo que quieras. Yo prefiero observar la tormenta —dijo haciendo un gesto de despedida con la mano.

Contempló cómo las grandes gotas de lluvia golpeaban en el cristal de la ventana, y los árboles cerca del jardín se inclinaban por el fuerte viento. Desde siempre, había encontrado consuelo en las tormentas, aunque nunca supo por qué. Quizá podía tener relación con su naturaleza salvaje, tan parecida a la suya. Pero a diferencia del viento embravecido y la lluvia desenfrenada, estaba atrapada en la jaula dorada de sus padres. Y todo el tiempo había una tempestad rugiendo dentro de ella, suplicando ser liberada.

—¿Estás bien? —preguntó Daphne, mientras apoyaba una mano en el hombro de Natalie—. Últimamente... no pareces tú misma.

Natalie soltó un suspiro de frustración y miró a su prima. Sintió una punzada de arrepentimiento cuando percibió la preocupación en los ojos marrones de Daphne. Solo deseaba ayudarla y consolarla. Debería tratar de no ser tan dura con ella. Aun así, no tenía ganas de hablar con nadie sobre los anhelos secretos de su corazón, ni sobre la traición de su antigua mejor amiga. Y por supuesto, tampoco sobre su inminente compromiso. Si aquellos eran los únicos temas de conversación durante la celebración de Navidad, sería mejor que se refugiara en su habitación y durmiera hasta Año Nuevo. Probablemente, un nuevo año la ayudaría a enfocar su vida en una dirección y a tener esperanza.

Levantó la mano de Daphne de su hombro.

—Estoy bien, te lo aseguro.

—Por favor, cuenta conmigo para...

—¿Alguna vez habíais espiado a tan hermosas damas? —El duque de Kissinger entró a la habitación con Bradford a su lado.

Daphne hizo una reverencia.

—Buenas tardes, su excelencia. Lord Greenwich.

Natalie hizo lo mismo, con sus ojos fijos en la puerta. ¿Dónde estaba Christian? Su mal humor se agrió aún más cuando enderezó su postura. ¿Estaba evitándola? Forzó una débil sonrisa a pesar de su malestar.

—¿Esperaremos a lord Knightly?

Bradford avanzó por la habitación y se detuvo frente a la chimenea.

—Me temo que se ha retirado de las actividades de la tarde.

—Demasiadas bebidas fuertes anoche —añadió el duque.

Daphne inhaló con fuerza, sus mejillas se tiñeron de rosa.

—Puedo imaginarlo —dijo Natalie, con los dientes apretados. Aquel canalla la estaba evitando, pero ¿qué esperaba lograr al hacerlo? Sin embargo, aquello no significaba que le fuera a dejar salirse con la suya—. Te perdono el castigo. Ya no deseo jugar más a este juego.

Bradford sonrió con complicidad.

—De todos modos, me quedaré.

Natalie lo fulminó con la mirada.

—Haz lo que quieras, pero tendrás que disculparme. Tengo cartas que responder. Comenzó a caminar hacia la puerta.

—Natalie, me gustaría hablar contigo... en privado.

Se detuvo y miró al duque y a Daphne antes de volverse hacia Bradford.

—Este no es el mejor momento.

Su excelencia se acercó a Daphne.

—No se preocupe por nosotros, *lady* Natalie —dijo y le ofreció su brazo a *lady* Daphne—. ¿Sería tan amable de acompañarme a dar un paseo por el invernadero?

Los ojos de su prima se abrieron de par de par.

—Yo... pero... No sería apropiado.

Bradford hizo una seña a un sirviente cercano.

—Asiste a *lady* Daphne en su paseo.

—Esto es inaceptable. Ya te he dicho que no quiero hablar. Tengo cosas más importantes que hacer. —Su mirada pasó de Bradford a Daphne—. Y ella claramente no tiene ningún deseo de ir con su excelencia.

Daphne apoyó su mano en la manga de la chaqueta del duque.

—En realidad, un paseo suena agradable siempre que tengamos compañía.

—Y que tenemos, gracias a lord Greenwich. —El duque le hizo un guiño provocativo a Daphne, que hizo que sus mejillas ya rosadas se tiñeran de rojo.

—Siempre estoy feliz de ayudar. —Bradford sonrió—. Disfrutad del paseo.

Natalie dejó escapar un suspiro mientras veía cómo su prima se marchaba con el duque. Una vez que sus pisadas dejaron de oírse por el pasillo, se giró hacia Bradford.

—No pienso hablar contigo de lo que ocurrió en el invernadero.

—Lo harás si de verdad pretendes que nuestra madre no se entere.

—Eres un canalla despreciable. Muy típico de ti —dijo colocando un brazo en su cadera.

Su hermano se echó a reír, molestándola aún más

—Hablemos entonces —Lo miró, sabiendo que la tenía entre la espada y la pared.

—No eres tan divertida como antes, Nat. ¿A dónde ha ido tu rebeldía? —dijo mientras se sentaba en una silla.

—¿A qué estás jugando? —respondió ella, inclinándose ligeramente hacia él, de manera desafiante.

—Ven a sentarte. No quiero discutir. Todo lo contrario, me preocupa tu bienestar.

Como si se hubiera preocupado de su reputación la noche anterior. Apostaría a que fue al invernadero para proteger a Christian de comprometerse. Esto no era diferente, tenía algún motivo oculto y no tenía nada que ver con su felicidad.

—No tienes por qué preocuparte por mí.

—Deja ese discurso y ven a sentarte. Mi preocupación es real.

Natalie se dejó caer de mala gana en una silla con respaldo alto, situada frente a él.

—Si esta inquietud tuya tiene que ver con Christian, no hay necesidad.

—Eres mi hermana y te quiero a pesar de nuestras rivalidades. No deseo nada más que tu felicidad —dijo y extendió el brazo para coger la mano de su hermana—. ¿Estás contenta con el compromiso que ha concertado nuestro padre, o simplemente te has resignado al destino que han elegido para ti?

Ella apartó la mano.

—¿Qué diferencia hay? Es mi deber para con el ducado, y para con nuestros padres.

—¿Estás intentando causar un escándalo con Knightly para escapar del compromiso? —La miró seriamente.

Natalie bajó la mirada al suelo, siguiendo las vetas de las tablas de madera. ¿Qué tenía de malo intentar experimentar un poco de pasión antes de permitir que la vendieran para el beneficio de la familia?

—Tienes una visión distorsionada de mis ambiciones.

Él permaneció en silencio hasta que ella volvió a mirarlo a los ojos.

—¿Estás segura? Tengo ojos, como bien sabes, y están en perfectas condiciones. —Se frotó la mandíbula con la mano—. La forma en la que miras a Knightly dice mucho.

¿Estaba esperando más que un beso? Por supuesto, ella quería un futuro con Christian, pero aquello no significaba que estuviera tratando de romper su compromiso. Porque no era lo que intentaba, ¿o sí?

—No te preocupes por la forma en la que miro a los caballeros.

—Como tu hermano, me veo obligado a hacerte entender que Knightly no es una persona adecuada para casarse. Si continúas por este camino, vas a destrozarte la vida. Te aseguro que no va a ayudar a que seas una dama honrada.

—Esa es una buena forma de hablar sobre tu viejo amigo.

Él se inclinó hacia adelante.

—Mi hermana es lo que más me preocupa. Knightly estaría de acuerdo con mis palabras y no se ofendería. No tiene demasiada estima de sí mismo. Natalie se levantó, y luego dirigió una mirada furiosa a Bradford.

—Tomo nota.

Se dio media vuelta y huyó de la habitación, reacia a seguir discutiendo sobre el asunto. No le importaba lo que su hermano, sus padres o cualquier otra persona, pensara sobre Christian. Ella lo amaba, siempre lo había hecho, y ningún compromiso lo cambiaría. Ni *lady* Pippa, ni lord Maddox, podrían hacerla cambiar de opinión.

* * * *

Christian se pegó a la pared para apartarse del camino, en cuanto vio a *lady* Natalie corriendo por el pasillo, agarrando su falda rosada. ¿Qué demonios tramaba? Le venció la curiosidad y volvió a salir al pasillo.

Ella se chocó con él, provocando que ambos estuvieran a punto de caer al suelo. La envolvió entre sus brazos para estabilizarlos. Natalie colocó los brazos alrededor de sus hombros y él la atrajo por instinto.

—Maldita sea. ¿Por qué corres? —La emoción que había en los ojos de ella le hizo detenerse. Estaba claramente disgustada por algo.

Natalie se soltó de su abrazo, pero se agarró a la manga de su abrigo y lo arrastró por una puerta cercana.

Christian puso las manos en sus hombros, sosteniéndola con los brazos extendidos.

—¿Qué ocurre?

Ella le apartó los brazos y se apretó contra él una vez más. Sus pechos se amoldaron a su torso, se puso de puntillas y presionó sus labios con los de él, en un beso casto.

Sus corazones latían sincronizados mientras la abrazaba, disfrutando de la sensación de su cuerpo. Luchó contra el impulso repentino de profundizar el beso y se alejó.

—Déjate de juegos. Bésame como lo hiciste con Pippa —dijo ella mientras lo miraba intensamente a los ojos.

Nunca había besado a *lady* Pippa, ni siquiera lo había considerado. ¿Por qué no le creía?

—Christian —suplicó en un susurro entrecortado.

El sonido de su nombre en sus dulces labios lo derritió. Acercó sus labios a los de ella, con ansia. Natalie dejó escapar un suave gemido cuando separó sus succulentos labios, permitiéndole libre acceso. Hundió la lengua en su dulce boca y la atrajo hacia él, tan cerca que era imposible saber dónde terminaba él y comenzaba ella.

Ella entrelazó sus dedos en el cabello de su nuca, aceptando con avidez lo que él la ofrecía. Sus labios se fusionaban mientras la acariciaba con ellos, y deslizó su lengua suavemente hacia el interior de su boca. Sus suaves gemidos lo llevaron al límite, amenazando con derribarlo. ¿Cuándo fue la última vez que probó algo tan dulce y que sostuvo algo tan irresistible?

Cubrió de besos la mandíbula de Natalie hasta llegar a su garganta, haciendo una pausa para lamer y mordisquear su oreja, donde percibió su pulso salvaje, que iba al mismo ritmo que el suyo.

—Parece que elegí el lugar y la hora, después de todo —dijo ella.

Su voz entrecortada lo animó hasta que las palabras que pronunció rompieron el trance al que le había inducido. Aquel pequeño diablo lo había vencido una vez más. Se echó hacia atrás y tragó saliva. Su cuerpo vibraba con una necesidad que no podía satisfacer, por lo menos, no con Natalie.

—Bien jugado, mi señora. —Ella se acercó hacia él, pero él se apartó, incapaz de saber lo que podría hacer si rozaba su cuerpo otra vez—. Mi deuda está pagada.

—Quiero que me vuelvas a besar, no porque me lo debas, sino porque quieras tú.

La pasión reflejada en sus ojos lo conmovió como nunca antes. Se inclinó hacia adelante, y sus labios rozaron los de ella. ¿Qué demonios estaba haciendo? Era la hermana de Greenwich, y estaba a punto de ser anunciado su compromiso. Él no tenía planes de casarse ni con ella, ni con nadie.

Ella continuó acercándose, con la necesidad de que la abrazara, pero Christian usó todo su control para mantenerla alejada de él.

—No habrá más besos entre nosotros.

Dios, la deseaba. Ansiaba tenerla a ella, no solo besos. Era una niña inocente, la hermana de su mejor amigo. No podía permitirse seducirla, ni que ella le sedujera. Se dio vuelta y se marchó apresuradamente, buscando el refugio de su habitación.

Capítulo 8

—Lord Maddox debería de estar aquí ya —dijo el duque de Sheridan, mientras se paseaba por el salón privado de la familia, en la que se encontraban junto al fuego su esposa, Bradford y Natalie. Los marqueses de Bowmont también estaban en la habitación, de pie junto a la ventana.

La tormenta rugía al otro lado del cristal y, sorprendentemente, su padre estaba más preocupado por la ausencia de Maddox, que lo que estaban sus propios padres.

En secreto, Natalie guardaba la esperanza de que el conde nunca apareciera. ¿Cómo podría casarse con él después de lo que Christian y ella habían compartido? Aquel beso selló su alma, se grabó en ella de una manera que nunca olvidaría. De una u otra manera, tenía que conseguir salir de aquel compromiso. No había ninguna posibilidad de que otro hombre pudiera hacer latir su corazón como lo hacía Christian cada vez que estaba cerca.

—Le aseguro, su excelencia, que no es propio de mi hijo eludir sus responsabilidades. —El marqués se alisó la corbata, aquel reflejo nervioso le dijo a Natalie todo lo que necesitaba saber sobre Maddox.

Aunque, probablemente, no iban a verbalizar sus temores, sus padres no estaban seguros de si su prometido acudiría. ¿Sabía el conde que debía comprometerse con ella? Quizá también intentaba evitar esa unión; de ser así, ambos estarían del mismo lado.

La marquesa cerró su abanico.

—Algo ha tenido que suceder para impedirle estar aquí —dijo y se giró hacia la ventana, sus ojos desmentían su fingida preocupación—. Espero que no sea por culpa de la tormenta.

Natalie cerró los ojos y rezó para que no fuera por la tormenta, porque si lo era, acabaría llegando y, entonces, no podría escapar a su destino. «Por favor, que su ausencia sea intencionada», rezó para sus adentros. Si él tampoco deseaba su unión, habría alguna esperanza de evitar el compromiso.

—¿Quizá debemos ir a buscarlo? —Su madre se volvió hacia su padre, sus pendientes brillaron a la luz del fuego y lanzaron destellos que se reflejaron en la pared.

—No parece que la tormenta vaya a amainar. Si salimos ahora, nos pondremos en peligro —dijo Bradford

—Lucas ya debería haber llegado. No podemos dejarlo allí afuera... donde sea que esté. ¿Y si está herido? —La marquesa Bowmont agarró el brazo de su marido—. Alguien debería ir a buscarlo, es aquí donde debe estar.

«Es como un niño rebelde», pensó Natalie que la Marquesa ansiaba añadir.

—No te preocupes, querida. Iré yo. —El marqués le dio una palmadita en la mano—. Seguramente, haya buscado algún refugio cerca. Lo encontraré.

—Las carreteras están intransitables. —Bradford se dirigió a mirar por la ventana—. No merece la pena.

—Disparates. Haré que preparen mi carruaje —dijo el padre de Natalie, y se giró hacia ella—. Tú nos acompañarás, y Bradford se quedará aquí por si llega Maddox.

Natalie apretó los puños. Lo último que quería era salir con el temporal para buscar a un hombre al que no deseaba conocer.

—¿Bradford no sería de más ayuda?

—Trae tu capa y espéranos en el vestíbulo. Lo apropiado es que atiendas a tu... el conde. —Cambió sus palabras antes de llegar a decir que era su prometido, y le dirigió una mirada severa, antes de volverse hacia lord y *lady* Bowmont—. En el vestíbulo en diez minutos. Su padre se dirigió a la puerta con su madre cogida por el brazo, y los marqueses los siguieron—. No te entretengas, Natalie —dijo por encima de su hombro antes de salir del salón.

Ella soltó un suspiro mientras se levantaba para cumplir las órdenes de su padre. Diez minutos más tarde, Natalie salía envuelta en su capa, como su padre le había ordenado que hiciera. La fría lluvia la golpeaba y el viento azotaba su capa alrededor de sus tobillos mientras se acercaba al carruaje que los esperaba.

Tras acomodarse en el asiento del vehículo ducal junto a su madre, Natalie miró por la ventana hacia la casa. Christian estaba junto a Bradford en la ventana del salón. Le dio un vuelco el corazón mientras lo observaba. ¿Volvería a sentir su contacto otra vez? ¿Podría soportarlo si no lo hiciera? Notó cómo su cuerpo se sacudía cuando el cochero puso en movimiento el transporte, pero su mirada se mantuvo firme en Christian. Se le revolvió el estómago al ver que su figura se hacía más pequeña hasta que ya no pudo distinguirla, o quizá se había apartado de la ventana. Prefería pensar que seguía en allí parado mientras ella se marchaba, y que su anhelo por ella iba creciendo a cada metro que los separaba.

La tormenta había convertido los caminos en barro, haciendo que el carruaje se balanceara y se sacudiera, lanzándola de un lado a otro en el espacio estrecho destinado para cuatro. Le hormigueaban las piernas al estar atrapadas entre ambas madres y la pared del coche. Metió la mano debajo de su capa para masajearlas, con la esperanza de que su padre decidiera volver a casa. Se preguntó donde esperaban que el conde se sentara si lo encontraban. A Natalie le daban ganas de sugerir que la dejaran montarse encima del carruaje.

Después de recorrer varios kilómetros y no ver a nadie, se percató de que pronto estarían en la residencia de Pippa.

Dejó escapar un suspiro demasiado fuerte, captando la atención de su madre y consiguiendo una mirada de reprimenda. ¿Podía su vida ir peor? No solo su mejor amiga la había traicionado, ahora tendría que sufrir más. Tenía que enamorarse de un hombre al que no podía tener, estar a la intemperie, hacinada en un carruaje buscando a un hombre al que no quería. Obligada a casarse con un desconocido, y renunciar a cualquier posibilidad de felicidad.

El vehículo disminuyó la velocidad, lo que hizo que su padre preguntara al conductor.

—¿Ha visto algo?

—Un carruaje, su excelencia.

El marqués de Bowmont se levantó antes de que el transporte se detuviera completamente, abrió la puerta y sacó la cabeza.

Natalie contuvo la respiración, a la espera de descubrir si era o no el carruaje del conde.

El marqués se dirigió a su padre.

—Tiene el emblema de Maddox. —Cerró la puerta y volvió a sentarse—. No parece que esté dentro. No están los caballos, y las ruedas están bastante atascadas en el barro y el lodo, causado por este terrible clima.

Su padre golpeó la ventanilla del cochero para que la abriera.

—Vaya a ver si hay alguien dentro del carruaje.

—Hay una residencia cerca. Quizá haya buscado refugio allí —dijo su madre.

El rostro del cochero apareció en la ventana.

—El vehículo está vacío, su excelencia.

—Llévanos a la residencia de los duques de Midcrest —dijo y se volvió a acomodar en el asiento acolchado de terciopelo

—Posiblemente encontremos a lord Maddox allí. Es la única propiedad a la que se puede llegar a pie —dijo su madre, sonriendo a los padres de Maddox.

Natalie echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Lo que daría por hundirse en su asiento y desaparecer en ese mismo instante. ¿Por qué aquella fulana traicionera tenía que seguir burlándose de ella? Natalie deseaba olvidar que había conocido a Pippa, olvidar que alguna vez fueron amigas. Pippa seguía inmiscuyéndose en su vida. Al principio, eran las cartas frecuentes que hacía que le entregaran en mano, las cuales, Natalie siempre devolvía sin abrir. Sin embargo, envió aún más. Ahora tenía que competir con ella por el corazón de Christian y rescatar a lord Maddox de sus garras. No es que le preocupara el conde, no le importaba en absoluto. De todos modos, en aquel momento estaba siendo forzada a honrar a Pippa con su presencia. Seguramente, la mujer se sentiría satisfecha al ver a Natalie suplicando que le devolviera a su pretendiente.

Un profundo dolor la invadió cuando el carruaje comenzó a dar tumbos al entrar por el camino que llevaba a Midcrest. No pudo evitar pensar que estaba a punto de sentir una gran infelicidad. Su madre estaba en lo cierto al decir que lord Maddox tenía que estar allí, porque no había ningún otro sitio cerca en el que refugiarse. O estaba con Pippa, o estaba en algún otro lugar sin cobijo con el día de perros que hacía. No importaba lo enojada y herida que estuviera, no deseaba ningún mal a nadie. De todas formas, aquello solo podía significar una cosa: había tenido la intención de llegar a la fiesta, de comprometerse con ella.

—Hemos llegado —anunció su padre, como si hubieran ido a un gran baile.

Mientras Natalie luchaba contra las crecientes náuseas, el cochero abrió la puerta y bajó los escalones para que pudieran salir del vehículo. Siguió a sus padres a la entrada de la casa de Pippa, y luego se unieron a ellos lord y *lady* Bowmont.

Unos instantes después, el coche de los duques de Midcrest paró detrás de ellos. Los padres de Pippa se bajaron y se unieron al grupo.

El duque de Sheridan se volvió hacia el porche con la intención de seguir andando, pero luego se detuvo. Natalie se quedó fija en el sitio como los demás, al ver salir a un hombre de la casa que los miraba. ¿Podría ser lord Maddox, futuro marqués de Bowmont? Tragó saliva, nerviosa al ver a Pippa de pie en la puerta, con una expresión extraña en el rostro. ¿Qué era...?

¿Tristeza...? ¿Arrepentimiento...? ¿Anhelo...? Natalie volvió a observar al hombre. Él, también, mostraba una mezcla de emociones. Aquella escena hizo que el temor se apoderara de su estómago.

—Buen día, padre —saludó Lucas, haciendo un gesto en dirección al marqués—. A ti también, madre. —Hizo una reverencia a la marquesa Bowmont, que lo miró de forma despectiva.

El corazón de Natalie sufrió por el conde al presenciar la reunión. Siempre había pensado que sus propios padres eran fríos, pero nunca la miraron a ella ni a Bradford con tanto desdén. Se mordió el labio inferior, incapaz de apartar los ojos de la escena.

—Maddox. Estábamos preocupados por si estabas herido.

El tono brusco del marqués irrumpió en los oídos de Natalie, y la hizo encogerse. Apostaría que lo único que le preocupaba a lord Bowmont era lo que podía perder si ella y su hijo no se casaban.

—Siento haberos preocupado, padre —replicó lord Maddox, con un tono uniforme y distante—. Mi carruaje quedó varado en la carretera principal y busqué cobijo con *lady* Pippa hasta que la tormenta amainase y pudiese proseguir con el viaje.

Natalie apretó los dientes molesta al escuchar el nombre de Pippa. Una parte de ella deseaba desesperadamente dirigir su atención a la traidora, pero aquel no era el momento.

—Tenías que llegar a la fiesta el día antes de que empezara la tormenta.

—Sí, bueno, tenía asuntos urgentes que atender, e hizo que retrasara un día mi salida de Londres. —El conde intentó explicarse.

—Lucas —lo llamó Pippa. Él giró la cabeza para mirarla. *Lady* Pippa salió por la puerta y se colocó a su lado, con una sonrisa contagiosa—. Madre, padre, habéis llegado. ¡Estaba muy preocupada!

Bajó corriendo los escalones de la entrada y se detuvo frente a sus padres.

Pippa había utilizado nombre de pila del conde. Natalie la observó, luchando contra su creciente ira mientras abrazaba a sus padres e intercambiaba saludos con las demás personas. ¿Es que Pippa no sentía ningún remordimiento por lo que le había hecho y por lo que parecía que le estaba haciendo a Natalie? Apartar a Christian de ella no había sido suficiente, ¿estaba Pippa intentando quitarle también a su prometido? La indignación abrasaba sus entrañas. No deseaba a Maddox, pero no iba a permitir que se quedara con Pippa.

No podía seguir callada al ver que la traicionaba otra vez.

—*Lady Pippa* se encuentra en otra situación comprometedor, sola con un caballero por... ¿dos días enteros? —susurró Natalie lo suficientemente alto para que todos la escucharan—. Incluso después de huir de Londres, los escándalos la persiguen.

—Estoy más preocupado por el hombre —dijo su padre—. De continuar así, supongo que es malo para mi apellido, para mi hija y para mi negocio.

Natalie miró a Pippa a pesar de las mordaces palabras de su padre. No debería sorprenderla ni herirla que lo oyera hablar de negocios, aunque también la había mencionado a ella, pero en el fondo sabía que su preocupación estaba solo en él y en su apellido.

—Esto complica mucho las cosas —confirmó la marquesa de Bowmont, y se giró hacia su esposo—. Delward, ¿qué va a suceder ahora?

El marqués dejó caer su monóculo y negó con la cabeza.

—Todavía siguen comprometidos. La documentación está redactada y firmada por todos. Las amonestaciones deben leerse dentro de unas semanas. —Su mirada pasó del conde al padre de Natalie, y luego otra vez a la marquesa—. Supongo que la dote acordada podría ajustarse para compensar la falta de decoro de nuestro hijo.

—¿Prometido? —preguntó Pippa. Al instante, su rostro empalideció, mientras miraba a Lucas, al marqués y a Natalie—. ¿Es eso cierto?

Una sonrisa de satisfacción apareció en los labios de Natalie, al ver la reacción de Pippa. La traidora se merecía todas las humillaciones posibles, y mucho más. Se mordió el labio, evitando decir lo que acababa de pensar.

El conde de Maddox negó con la cabeza.

—Pippa, yo...

—No me debes ninguna explicación —dijo ella atragantándose, con un tono repleto de dolor—. Solo estoy triste de que no fueras sincero conmigo.

—Si pudiera volver atrás... —El conde no pudo finalizar la frase.

Por mucho que Natalie quisiera que Pippa sufriera, a una parte de ella le dolía ver el desconsuelo que estaba sintiendo, algo que conocía muy bien, al haberlo experimentado con Christian.

—No hay necesidad de todo eso —dijo Pippa sacudiendo la mano en el aire, para indicar que permaneciera en silencio.

Natalie no pudo evitar mirar a lord Maddox y no era la única incapaz de apartar la mirada, todos tenían los ojos puestos en él. Pippa con lágrimas en los ojos, sus padres con preocupación por el bienestar de su hija, y el resto conteniendo la respiración, sin duda, esperando a que él negara que se había

aprovechado de *lady Pippa*. Por otro lado, Natalie rezó para que confirmara la acusación. Se aferró a aquella pizca de esperanza, su corazón latiendo con fuerza ante la expectativa. Si así fuera, ella sería libre. Con toda seguridad, sus padres cancelarían el acuerdo con la familia Maddox. Ligar su familia a un hombre cuyo nombre sería sinónimo de escándalo antes de que el Parlamento se reanudase después del Año Nuevo, sería desastroso.

Lord Maddox se agarró con una mano la parte inferior de su chaqueta.

—*Lady Pippa*...

—Entremos. Les deseo a todos que pasen una feliz celebración de Navidad. —Pippa levantó la mirada, manteniendo la cabeza en alto, y tomó a su madre del brazo. La puerta se cerró tras ella con un ruido sordo.

Natalie soltó una bocanada de aire. Qué típico de Pippa, mantener la cabeza alta cuando estaba envuelta en un escándalo. ¿Cómo se las había arreglado para mantener a todos engañados? Natalie debería dejar que todos los presentes supieran que a ella nunca la consiguió engañar con su actuación de inocente.

—Ven, muchacho. —El marqués de Bowmont hizo una seña a lord Maddox para que se acercara—. Tenemos mucho de qué hablar y muchas asuntos que resolver antes de que podamos disfrutar del anuncio de tu compromiso.

Natalie sintió presión en el pecho, y su boca se secó. ¿De verdad iba a casarse con el hombre al que Pippa amaba, y que además era un amor correspondido? Se apretó la capa alrededor de su cuerpo, buscando consuelo. La lana cálida irradiaba calor pero no hacía nada para aliviar el dolor en su corazón. No podía disfrutar del declive de Pippa, ya que ella misma no podía escapar de su propio destino.

Capítulo 9

Natalie se apoyó contra la pared fuera del despacho de su padre, su atención centrada en la conversación que se producía dentro. Su corazón se llenó de alegría cuando escuchó a lord Bowmont y a su padre discutiendo acerca de romper el compromiso. Quizá sí podía escapar de su inminente destino después de todo. El rostro de Pippa plagado de dolor y traición se le vino a la mente. No cabía duda de lo que había sentido, Natalie conocía muy bien la sensación. A Pippa no le gustaba Christian, porque si lo hiciera, no se habría enamorado de lord Maddox. Pero, ¿por qué había traicionado a Natalie?

Christian había negado que sucediera algo entre ellos. ¿Y si decía la verdad? Rememoró su conversación con él:

«—Sabes bien lo que pasó. Natalie puso los brazos en jarra. Su sangre caldeada con la frustración que sentía.

—De hecho, lo sé, y no hubo ningún beso».

¿Se había precipitado al creer que Pippa la había traicionado? ¿La engañaron sus ojos? Aquella noche había demasiada oscuridad en el balcón, y ella se había mantenido a una buena distancia de ellos. No era descartable que hubiera sucedido algo completamente diferente a lo que se pensaba. Quizá Pippa se había puesto enferma de verdad, y Christian fuera tras ella para ofrecerle ayuda. ¿Y si se sentía mareada, saliera a la terraza para tomar aire fresco, y luego se desmayara en sus brazos?

Más importante aún, ¿por qué ella no había intentado la misma táctica para conseguir envolverse en los brazos de Christian? A Pippa nunca se le había dado tan bien como a ella relacionarse con la gente. Debería haber dejado que Christian se explicase.

Natalie tenía un nudo en el estómago. En el fondo de su corazón, no creía que Pippa la hubiera traicionado. Había estado cegada por los celos. Reaccionó sin pensar más allá de lo que creía que había visto.

Tenía que hacer las paces con Pippa, se merecía ser feliz. Y mucho mejor si encontraba esa felicidad con lord Maddox, liberando a Natalie de un compromiso no deseado. Una vez fue su querida amiga, y deseaba lo mejor para ella.

Con la misma rapidez con la que sus esperanzas se dispararon, se estrellaron cuando lord Maddox declaró su deseo de casarse con Natalie. Se

esforzó por captar más de la conversación a través de la puerta cerrada: ¿cómo podía haberse equivocado tanto acerca de lo que había visto entre Maddox y Pippa? Sus emociones se revolvieron mientras se discutía sobre su futuro. Debería irrumpir en la oficina de su padre y declarar lo que deseaba, aunque a nadie le importara lo que ella quería. Ni una sola vez le preguntaron si estaba de acuerdo con el compromiso. Había dado a conocer sus sentimientos a sus padres cuando le informaron sobre su boda, pero no porque preguntaran y, además, habían rechazado sus deseos de inmediato.

—¿A dónde va? Bowmont, ¡arregle esto! —La voz de indignación de su padre hizo eco a través de la puerta.

Maldita sea, se había perdido todo lo que provocó su enfado. ¿Quién se iba? ¿Lord Maddox? Tenía que ser, por lo que había gritado su padre. ¿Había roto el compromiso? Retrocedió por el pasillo cuando la puerta del despacho se abrió de golpe, y apareció lord Maddox, que hizo una pausa y miró hacia el pasillo.

Natalie tendría que esforzarse para permanecer fuera de su vista. Era horrible que su padre decidiera sobre su futuro, sobre todo porque era su felicidad la que estaba en juego. Se merecía saber lo que había pasado, y tener voz y voto sobre lo que sucediera. Observó a lord Maddox otro instante. Claramente quería marcharse. A juzgar por los gritos que todavía salían del despacho de su padre, el compromiso se había roto. Soltó un suspiro de alivio junto con la ira acumulada que había sentido hacia Pippa.

—Lord Maddox. —Natalie se detuvo a unos pasos de él y señaló el largo pasillo—. La puerta de entrada está por allí.

No pudo evitar percibir la determinación grabada en su rostro junto con una pizca de remordimiento. Él la miró como si también estuviera leyendo sus emociones.

—Lamento que nuestra reunión no fuera según lo planeado, mi señora. No necesitaba su compasión, ni escuchar sus disculpas.

—Su corazón pertenece a otra, no puedo culparle por eso. —Dejó caer el brazo y levantó su barbilla de forma desafiante—. Nadie ha preguntado a quién pertenece el mío.

—No puedo casarme con una desconocida —respondió él, dando un paso hacia ella—. Habrá otro, un hombre mucho más adecuado para usted.

Natalie soltó una risa falsa. No se iría de su casa pensando que la había hecho daño.

—No se halague tanto pensando que podría haberle amado o sentir algún afecto hacia usted.

No podía estar más contenta con el resultado. Lo único que lamentaba era saber que sus padres nunca permitirían la unión entre Christian y ella. Ni siquiera si declaraba su amor por ella, algo que no había hecho y nunca haría.

Los ojos de lord Maddox se abrieron al escuchar sus palabras, un destello de incredulidad cruzó su rostro antes de que pudiera disimularlo.

—Una vez más, mis más sinceras disculpas por este caos que han creado nuestros padres. También lamento que haya tenido que escuchar todo lo que ha ocurrido en el estudio de su padre.

Hizo caso omiso a su disculpa.

—Esto es lo mejor para todos. Está enamorado de otra persona, y yo también. Espero que a Pippa y a usted les vayan mejor las cosas. Es una mujer encantadora y merece ser muy feliz —dijo, y la sinceridad en sus palabras la sorprendió, pero sabía que eran ciertas. Había llegado el momento olvidar su rencor hacia Pippa. Cerrar la herida abierta y permitirse sanar.

—En eso estamos de acuerdo, mi señora.

El silencio entre ellos se alargó mientras se miraban el uno al otro. Natalie no podía comprender por qué sentía tanta necesidad de disculparse. Para enmendar algo que ninguno de ellos podía controlar.

—Llámeme si alguna vez necesita algo, mi señora. Que acepte amablemente que nos separemos es muy noble por su parte.

—Me temo que no puede ayudarme. —La tristeza la invadió de nuevo—. Debería irse si quiere llegar a Helton House antes de que la tormenta empeore. Trate a mi amiga con amor y amabilidad, algo que no pude darle yo cuando más lo necesitaba.

Lucas cruzó su brazo sobre su pecho haciendo la promesa.

—La cuidaré con cariño y la amaré todos los días. Sé que estará feliz de verla, cuando se sienta usted preparada.

Natalie no estaba segura de cuándo o cómo haría las paces con Pippa y no deseaba pensar en ello en aquel momento.

—Tal vez algún día tenga las palabras para compensar a Pippa por lo que hice, pero por ahora, usted es lo mejor para ella.

—¿Cómo puede saber eso?

Reflexionó sobre la pregunta de lord Maddox un segundo, antes de contestar.

—Estaba muy dolida cuando se enteró de nuestro compromiso. No había visto una mirada con tanto rencor desde que yo la herí. Ahora debe irse antes de que sea demasiado tarde.

Natalie se preguntó si ella tenía aquella mirada cuando vio a Pippa en brazos de Christian.

Lucas le hizo una rápida reverencia.

—Hasta pronto, *lady* Natalie. Tenga fe en que el hombre correcto la encontrará.

—¿Y si ya lo ha hecho y se ha marchado? —dijo y parpadeó rápidamente para contener las lágrimas.

—Entonces debe creer en que cambiará de parecer y volverá con usted.

La pequeña chispa de esperanza a la que se aferraba se encendió al oír sus palabras. Tal vez había algo de esperanza para ella y para Christian después de todo.

Capítulo 10

Christian volvió a mirar la concurrida sala de baile por millonésima vez. ¿Dónde estaban los duques de Sheridan? ¿Y Greenwich y Natalie? ¿Qué diablos estaba pasando? No los había visto desde hacía horas. *Lady Daphne*, junto con *lady Gertrude*, estaban haciendo de anfitrionas. Ninguna explicó por qué la familia no había llegado aún a su propia fiesta.

A simple vista, todo parecía ir como debería. Las damas y los caballeros vestidos con sedas y encaje llenaban la habitación. Cientos de velas parpadeaban y el cuarteto de cuerda tocaba música elegante, mientras los miembros más elitistas de la sociedad inglesa charlaban y bailaban. Lo único malo era la ausencia de la familia anfitriona.

—Bebe algo. Un poco de whisky te calmará —dijo Kissinger agarrando una copa de líquido dorado.

—No necesito calmarme. —Christian alisó su corbata y miró hacia la entrada de la sala. El cuarteto comenzó a tocar otra pieza, esta vez un baile escocés. Lástima que no pudiera ser el baile de Kissinger y *lady Daphne*.

—No puedo evitar que te engañes a ti mismo, pero tampoco puedes engañarme. Has estado nervioso desde que *lady Natalie* te ganó en el juego, y ahora solo has empeorado.

La astuta observación de Kissinger sobre su comportamiento, lo irritó. Aquel era el problema con los amigos cercanos; uno no podía ocultarles demasiado. En lugar de admitir algo, Christian levantó su copa y dio un largo trago. Quizá el alcohol consiguiera serenar su mente.

—¿Dónde crees que anda Greenwich? —preguntó Christian, antes de vaciar el whisky restante de un trago.

La calidez del licor se extendió por su cuerpo. Le proporcionaba un efecto calmante, pero nada podía relajarlo por completo. Natalie lo alteraba de una manera que ninguna mujer lo había hecho. Estaba preocupado por su felicidad e intranquilo por lo que pudiera pensar de él. Desde que era mayor de edad, había pasado el tiempo como un libertino orgulloso, un granuja. ¿Por qué debería importarle ahora que aquella niña malcriada se creyera que lo había visto con otra?

Trató de recordar aquella noche, sabía que no había organizado un encuentro con *lady Pippa*, pero, ¿había habido otra mujer? Parecía que cada

baile anterior, y los bailes siguientes a la presentación en sociedad de Natalie, formaban en su cabeza un recuerdo confuso. Con toda certeza, no estuvo con otra mujer aquella noche. Una imagen apareció en su mente: Natalie con un vestido blanco y largo, adornado con encaje y perlas. Su largo cabello rizado, medio recogido. Recordó verla bailar como un ángel, no había sido capaz de mirar hacia otro lado.

¿Cómo lograba recordarla con tanta claridad, mientras que del resto de la noche no recordaba apenas nada?

—La última noticia que tengo, es que el duque le ordenó esperar a que llegara lord Maddox. —Kissinger despreocupadamente sacó un frasco de whisky de su abrigo y volvió a llenar sus dos vasos, y sacudiendo la botella entre ellos, dijo—: Parece que ha llegado el momento de retirarse a la sala de juegos.

Christian ignoró su último comentario, sin preocuparse lo más mínimo de dónde tomaría su próxima bebida. Buscó en su memoria el nombre de Maddox, pero nada se le vino a la cabeza. ¿Podría ser el pretendiente de Natalie?

—¿Quién es Lord Maddox?

—El pretendiente de Natalie, conde de Maddox, para ser exactos. El futuro heredero del marquesado de Bowmont.

Los pulmones de Christian se quedaron sin aire, como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—¿Conoces a este conde? Yo no recuerdo haberlo conocido.

¿Qué le pasaba? ¿Desde cuándo le preocupaba más una mujer, una dama en edad de casarse, que su próxima bebida?

—He escuchado su nombre de vez en cuando en Londres. ¿Por qué te interesa? —Kissinger hizo una pausa, estudiándolo un momento antes de continuar—. He oído que es un hombre comedido, no se enfada con facilidad, pero es rápido a las cartas, tiene la suerte de su lado.

Christian hizo girar el brandy en su copa.

—Mera curiosidad. Olvida que lo he preguntado —respondió.

Su preocupación provenía de no saber lo que estaba pasando, pero tampoco quería saber nada de aquel hombre. Todo volvería a la normalidad una vez que Bradford y su familia se unieran a la fiesta. Tomó otro sorbo de whisky, sin creer su propia mentira, pero sin estar dispuesto a aceptar la alternativa.

Kissinger le dio una palmada en el hombro.

—Ah, ahí está Greenwich. Vamos a reunirnos con él y luego a buscar más whisky.

Christian levantó su mirada, buscando. Greenwich cruzó el salón de baile, pero *lady* Natalie no estaba con él, ni tampoco los duques de Sheridan. Soltó un suspiro contenido, y luego se apresuró a acercarse a Greenwich.

El aire cargado de la habitación lo agobiaba y lo hacía sudar. Se abrió paso a través de la multitud, esquivando a los invitados y las macetas de helechos por igual, con la única meta de llegar al lado de su amigo.

—Greenwich —gritó—, ¿dónde están tus padres y *lady* Natalie? ¿Por qué se retrasan?

—Mi padre insistió en ir en busca de lord Maddox. Lo encontraron en casa de *lady* Pippa y, posteriormente, ha roto el compromiso.

«¿Ha roto el compromiso?», pensó. *Lady* Natalie era libre de aquella obligación. ¿Había escuchado bien?

—¿No se va a casar?

—Parece que no, como el conde ha...

Kissinger se acercó y dio una palmada a Greenwich en la espalda.

—Íbamos de camino a la sala de juegos. Ven con nosotros.

—Corrección: Kissinger estaba en camino. Yo me quedaré aquí por ahora —dijo Christian.

Al final, Natalie acabaría por aparecer y él estaba decidido a estar cerca cuando lo hiciera. Podía necesitar un amigo que le prestase su fuerza, un héroe para rescatarla del escrutinio de la alta sociedad. Los chismosos habían estado especulando sobre la gran noticia durante días, y aunque dudaba que alguien fuera de Somerset conociera los detalles, todos esperaban una confirmación aquella noche.

Kissinger alzó las cejas hacia Christian.

—Las cosas suelen salir mal cuando decides quedarte en el salón de baile. ¿Qué me estás ocultando?

Greenwich intercambió una mirada burlona con Christian.

—Me temo que tampoco puedo irme en este momento.

—Por Dios, explicaos —exigió Kissinger, antes de terminar el whisky que quedaba en su copa.

—Mi padre me ha ordenado que permanezca aquí hasta que él llegue. Estaría muy agradecido si alguno de vosotros me trajera algo de ese whisky —dijo Greenwich, e inclinó su cabeza hacia Kissinger.

—Mi título es más alto que el vuestro. Uno de vosotros debería hacer el recado. —Le dio a Christian un empujón juguetón—. No sé de qué va esto, pero seguramente será entretenido. Yo también me quedo.

Greenwich hizo una seña a un sirviente y le ordenó que trajera una licorera de whisky.

—¿Al salón de baile, mi señor? —preguntó el sirviente, con los ojos muy abiertos. Al ver que Greenwich asentía, el hombre se apresuró a recoger lo que había pedido.

—Es una pena que la sociedad no pida bebidas fuertes en los bailes. Serían mucho más entretenidos si nos animaran a beber más —respondió Kissinger riéndose entre dientes.

—Probablemente —admitió Christian, con ganas de emborracharse para poder borrar de su mente los ojos llenos de pasión de Natalie. Pero aquello no iba a suceder. Tenía asuntos pendientes con ella, se recordó a sí mismo. Se mantendría sobrio en caso de que la oportunidad llegara. Cambiaría la situación: la salvaría, no de su compromiso, sino del escándalo de uno roto; de la misma forma en que lo había salvado ella hacía años.

Capítulo 11

Natalie había estado vagando por la casa, escudriñando en todos los lugares en los que creía que podía estar Christian: la sala de fumadores, la sala de juegos, la sala de invitados... solo para encontrarlo en el lugar menos probable, el salón de baile. Se quedó quieta, sin saber muy bien cómo actuar. En su imaginación se lo encontraba solo, o le llamaba la atención y le hacía un gesto para que se acercara. Sus acompañantes estarían demasiado absortos jugando, bebiendo o ambas cosas, para percatarse de su presencia.

No podía simplemente saludarlo en aquel momento, no en medio de un salón lleno de gente, ni podía acercarse y solicitar que se reuniera con ella en privado. El duque de Kissinger la escucharía y, posiblemente, otras personas que estuvieran cerca. Se mordisqueó el labio inferior, meditando. Por Christian, merecía la pena todos los riesgos que tenía que asumir, sin embargo, no había necesidad de causar un escándalo actuando precipitadamente. Christian no era un hombre al que se le pudiera obligar a hacer algo, especialmente a un situación comprometedor que podría terminar atándolo de por vida.

Natalie miró de Christian a Bradford, y se le ocurrió una idea. Necesitar la ayuda de Bradford distaba mucho de ser lo ideal, sin embargo, seguía siendo su mejor opción. Por lo que sabía, Christian se lo había revelado todo a él. Con una sonrisa en los labios, se movió con elegancia hacia el lugar donde se encontraba su hermano con sus amigos, siempre manteniendo la cabeza bien alta como su madre la había enseñado.

Su pulso se aceleraba a cada paso, y sin alterar la expresión de su rostro, se detuvo frente a los caballeros.

—Buenas noches. —Los saludó con una reverencia.

—Qué amable por su parte acompañarnos, *lady* Natalie —dijo el duque de Kissinger, con una sonrisa disoluta en sus labios—. Quizá pueda darme una pista de lo que se traen entre manos Greenwich y Knightly.

Christian dio un codazo al duque.

—Cuida tus modales, Kissinger. Estás dirigiéndote a una dama.

Natalie se echó a reír, fingiendo ignorancia sobre la pregunta que le hizo el duque. Se giró sonriendo hacia Bradford.

—¿Puedo robar unos minutos de tu tiempo?

Un sirviente se acercó con una licorera y se la ofreció a Bradford. Natalie hizo una pausa para examinar el líquido dorado del interior, mientras el duque agarraba la jarra con brusquedad. Whisky. ¿Estaban tomando ese tipo de bebida en el baile de sus padres? Miró a Bradford sorprendida, sacudiendo levemente su cabeza.

Él se rio entre dientes, aceptando una copa recién servida por el duque.

—No nos juzgues, querida hermana.

—¿Le sirvo a usted también? —preguntó Kissinger, mientras se iba formando lentamente una sonrisa en sus labios.

Qué oferta tan tentadora. Nunca se había permitido tomar nada más fuerte que el vino. A su madre le parecería inapropiado que ella bebiera licor.

Quizá...

—Se lo agradezco, su excelencia, me gustaría algo de whisky.

—¡Ni se te ocurra! —Christian se interpuso entre ella y el duque.

Natalie esquivó a Christian y sonrió.

—Creo que puedo tomar mis propias decisiones.

—Una mujer que piensa por sí misma, qué estimulante —dijo el duque de Kissinger, al ofrecerle la copa.

—*Lady Natalie no beberá whisky a pesar de lo que opine.* —Christian miró furioso a su amigo.

Bradford la agarró del brazo, cuando ya lo había levantado para coger la copa.

—Disculpadnos, caballeros.

¿Cómo se atrevía Christian a decidir por ella? ¿Por qué estaba enfadado? Se esforzó por escuchar la conversación, mientras Bradford la alejaba de ellos.

—Eres un verdadero imbécil. —Escuchó decir a Christian detrás de ella, antes de los dos hombre estallaran en carcajadas.

—Aprendí de ti —acusó el duque—. ¿A qué se debe tu súbito interés por *lady Natalie*?

Sus voces se desvanecieron, volviéndose inaudibles al alejarse aún más de ellos. Lo normal sería que Natalie encontrara aquel comportamiento ofensivo. Sin duda, al interactuar con ella de aquella manera, el duque había cruzado los límites del decoro. Su hermano y Christian también tenían mala reputación a pesar de sus modales correctos. De alguna manera, aquel comportamiento grosero tenía el efecto contrario en ella, la excitaba.

Miró por encima de su hombro, con la esperanza de ver a los hombres, mientras Bradford la arrastraba fuera del salón de baile.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Bradford, acelerando sus pasos—. Nuestro padre se enfadará mucho si descubre que no estamos en el baile.

—¿Tienes miedo? —Natalie le lanzó una sonrisa divertida.

—Por supuesto que no. Soy bastante valiente como sabes.

Se detuvieron en un salón privado.

—Detesto tener que pedirte este favor —dijo ella y se sonrojó—. De todos modos, necesito tu ayuda. Entrelazó sus dedos cubiertos por los guantes, como suplicándole en silencio que aceptara y, por si acaso, batió sus pestañas.

—¿Ayuda con qué? —preguntó su hermano, con un tono más suave de lo habitual, casi tranquilizador.

Natalie cambió de posición sus pies y lo miró a los ojos.

—Tráeme a Christian.

—¿Ahora es Christian? ¿Qué pasó exactamente en ese invernadero? —preguntó con el ceño fruncido.

—Por el amor de Dios, Bradford. Cuando éramos niños solíamos usar nuestros nombres de pila. No ha sucedido nada malo. Al menos, no en el invernadero. —Se consoló pensando que no estaba mintiendo. Se le llenó el estómago de mariposas al recordar lo que aconteció entre ellos en su último encuentro—. Simplemente tuve un desliz.

—Hum. —Inclinó su cabeza ligeramente, observándola—. Puede que necesite tener una conversación en privado con Knightly.

Natalie se acercó a él.

—Por favor, dime la verdad. Ambos sabemos que estás intentando molestarme. ¿Me ayudarás o tengo que ir a buscar a lord Knightly yo sola?

No quería pedírselo de aquella forma tan brusca, sin embargo, lo haría si fuera necesario. Solo le concernía a ella revelar lo que su corazón deseaba; posiblemente también a Christian. Había sentido una conexión entre ellos, una chispa de algo más profundo cuando se besaron.

Lo cierto era que Natalie se sentía atraída por Christian desde hacía algunos años, cuando él todavía asistía a la universidad y ella llevaba trenzas.

Puede que él no fuera el tipo de hombre que deseaba un matrimonio, o puede que su comportamiento pícaro fuera el resultado de no haber encontrado aún a una dama adecuada para él. Una que valorara y admiraba su espíritu, en lugar de la típica mujer que deseaba engatusarlo solamente con el

fin de llamarlo esposo, obteniendo así su título, y el prestigio que conllevaría ser la marquesa de Knightly.

Si lo que Natalie buscara, fuera ser marquesa, podría haberse casado con Maddox con la misma facilidad. Teniendo en cuenta la avanzada edad de su padre, no le quedaría más de una década antes de pasar a mejor vida, y Maddox heredaría su título.

Natalie solo quería que su amor por Christian fuera correspondido. Su título no le interesaba, ni tampoco lo que podía ofrecer a su familia. A ella lo que realmente le importaba era aquel hombre, su encanto, sentir sus caricias. Tenía que declararle sus sentimientos, de lo contrario, viviría con la incógnita y lo lamentaría el resto de su vida. Si él tenía que rechazarla, que así fuera. Al menos, sabría que hizo todo lo que pudo. Como lord Maddox había dicho, no estaba destinada a estar con Christian, si él no volvía a ella. Se le hizo un nudo en la garganta y suplicó silenciosamente a Bradford, que se dio la vuelta y se frotó la nuca.

—Bradford —insistió ella—. Aunque no vuelvas a hacer nada por mí, al menos, haz esto.

Su hermano se volvió hacia ella y soltó un fuerte suspiro.

—No hagas que me arrepienta de ayudarte. Si haces algo que te deshonre, no...

Natalie mostró una sonrisa genuina.

—Gracias. Ahora date prisa, antes de que pierda los nervios. —Le hizo un gesto con la mano para que saliera de la habitación.

El sudor brillante humedeció su frente. Se lo secó con su pañuelo y comenzó a abanicarse. Christian entraría por la puerta en cualquier momento. ¿Qué haría si la rechazaba? ¿Y si la aceptaba? No contaba con el reconocimiento de sus padres, nunca consentirían que se unieran.

La puerta se abrió un poco y Christian se entró en la habitación.

—Me alegra que hayas venido. Hay algo que debo decirte. —Miró la lujosa alfombra sobre la que estaba y luego le volvió a mirar a él.

—Natalie, quiero que sepas que nunca besé a *lady* Pippa. Ella...

—No necesitas continuar. Te creo y ya no me importa el pasado. — Natalie se acercó a él—. Acepta mis más sinceras disculpas.

—Si esto no es por Pippa, ¿entonces por qué? —dijo él, manteniendo la mirada fija en ella.

—Lord Maddox ha roto el compromiso —respondió ella, tratando de leer sus ojos azules, pero no encontró nada oculto en sus profundidades. ¿En qué

estaba pensando? Se acercó aún más a él.

—Greenwich me informó de los acontecimientos del día. —Christian no se alejó, pero tampoco avanzó hacia ella.

Ella se detuvo a un paso de él, con su corazón latiendo con fuerza, rogándole que la tomara en sus brazos y la abrazara, que con un beso disipara todas sus dudas e incertidumbres.

—Tu beso despertó algo en mi interior —dijo Natalie, y se acarició el labio inferior con la lengua—. Llevo años enamorada de ti.

Continuó mirándola, su rostro carente de cualquier indicación de que él sintiera lo mismo. Los dedos de su mano izquierda se movieron ligeramente. ¿Estaba intentando alcanzarla? Tenía que saber lo que pensaba.

—Si no te gusto, dímelo. Me marcharé y me aferraré el resto de mi vida al recuerdo de nuestro beso.

—Maldita sea, Natalie. —La atrajo hacia él, y su boca buscó la de ella.

Ella lo rodeó con sus brazos y lo apretó fuerte contra ella, respondiendo con tanta pasión como podía, mientras disfrutaba de la sensación de las manos de Christian en su espalda. Una profunda necesidad se retorció en su vientre y separó sus labios, incitando a que él la besara con más intensidad.

De pronto, el padre de Natalie irrumpió en la habitación.

—Suelta a mi hija, maldito sinvergüenza. —Su voz resonó en la sala.

Christian la soltó e intentó dar un paso atrás, pero ella lo agarró con firmeza. No lo pensaba abandonar después de aquello. Pasara lo que pasase, lucharía por él hasta que todos aceptaran que era su destino estar juntos. No había vuelta atrás, ni se podía negar que había una conexión entre ellos. Estaba dispuesta a abandonar todo por él. Él era el dueño de su corazón y de su alma.

Su padre se acercó hacia ellos con pasos violentos, Christian se mantuvo con los brazos a los lados y Natalie con las manos entrelazadas en su abrigo.

—Suéltalo, Natalie. ¡Ahora mismo!

—¡No! —respondió ella, levantando su barbilla de manera desafiante.

Su padre la agarró y tiró de ella hasta que se soltó, luego la empujó hacia Bradford, que entraba en la habitación en aquel momento.

—Sujétala.

Natalie se esforzó por recuperar el equilibrio y regresar con Christian, pero Bradford la detuvo.

—Suéltame —exigió ella.

—No te resistas. —La voz de Christian consiguió llegar hasta ella a pesar de su ira, y Natalie lo miró—. Solo empeorarás la situación.

Su padre agarró a Christian por su corbata y tiró de él.

—Vete de mi casa de inmediato y no regreses nunca.

—No. No puedes hacer esto, padre. —Natalie se retorció en otro intento vano de liberarse, pero Bradford le susurró al oído:

—No puedes evitar que se vaya. Te advertí que no era un buen partido para ti. Siento que tengas que sufrir de esta manera.

Intentó agarrar a Christian cuando pasó a su lado con paso firme y seguro. Ni siquiera la miró. ¿Estaba Bradford en lo cierto? ¿Debería dejar ir a Christian? Las lágrimas se le acumularon en la comisura de los ojos. No podía aceptar aquel destino, no sin luchar. Pero parecía que él ya se había rendido, tal vez ni siquiera había ido en serio con ella.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —La madre de Natalie se paró junto a su esposo, con el abanico en una mano—. El alboroto se escucha desde la mitad del pasillo y lord Knightly ni siquiera me miró cuando me lo encontré dirigiéndose hacia el vestíbulo. Ahora veo a Bradford sujetando a Natalie y...

—Puso una mano en el brazo de su padre—, estás claramente angustiado. ¿Qué ha hecho Natalie ahora?

—Ha desobedecido una orden directa. Ha mancillado el nombre de esta familia. —Caminó hacia el otro lado de la habitación—. La encontré en una situación comprometida con Knightly.

La duquesa se quedó sin aliento.

—Debemos casarla de inmediato.

Natalie se puso rígida en los brazos de Bradford.

—Me niego. No puedes obligarme a casarme con nadie.

—Harás lo que se te mande o habrá graves consecuencias. Te hemos consentido demasiado tiempo. Es hora de que crezcas y te comportes como corresponde a la hija de un duque —dijo su padre.

—Eso incluye desposarte con el hombre que elija tu padre. Un hombre que no solo mejorará el ducado, sino que también te cuidará, sin mancillar nuestro buen nombre.

Natalie le dirigió una mirada gélida a su madre. No le importaba el ducado, ni comportarse apropiadamente. No, cuando su corazón se estaba despedazando. En realidad, no se estaba rompiendo, había desaparecido por completo, se lo había llevado Christian.

—Hablaré de inmediato con el conde de Norton para ofrecerle un enlace entre Natalie y su hijo. Hace poco manifestó su interés de unir nuestras familias. No estaba dispuesto a considerarlo debido a Maddox. Sin embargo, las circunstancias han cambiado.

Natalie no podía soportarlo más. Mientras sus padres ignoraban sus deseos y planificaban su futuro, Christian cada segundo estaba más lejos. No sabía lo que él sentía, si quería un futuro con ella. No había llegado a decirlo, pero lo que sí sabía, era lo que su corazón sentía.

—Lo siento —dijo Natalie mientras daba un pisotón a Bradford con todas sus fuerzas y clavaba las uñas en su carne, hundiéndolas todo lo que pudo hasta que chilló de dolor y la soltó.

Sin detenerse, huyó de la habitación y corrió hacia la puerta principal. Tenía que encontrar a Christian, le importaba un cuerno la tormenta y sus padres.

Capítulo 12

Christian montó en su caballo, sin estar del todo seguro de por qué había besado a Natalie de la forma en que lo hizo, con una emoción tan profunda, no solo con lujuria sino con verdadera pasión, y tampoco sabía dónde refugiarse de la furiosa tormenta. Viajar más allá del pueblo no era una opción viable, ya que el clima estaba empeorando. El temporal parecía enfurecerse y calmarse al mismo ritmo que sus propias emociones. Curiosamente encontró consuelo en aquella idea mientras echaba a galopar con su caballo, alejándose de la seguridad de Harrington Gardens y de la calidez del abrazo de Natalie.

¿Cambiaría de parecer Sheridan cuando la situación se calmara? Si lo hiciera, y fuera en busca de Christian exigiéndole que se casara con su hija, ¿sería algo tan malo? Nunca pensó en el matrimonio de manera positiva. Ahora la idea no dejaba de rondarle la mente, caldeando su corazón de la misma forma que lo había hecho Natalie.

Sentía un dolor desconocido en su corazón. El anhelo de tenerla otra vez entre sus brazos, y mantenerla allí para siempre. Era una sensación extraña para él. Una necesidad que crecía cada minuto. ¿Qué le estaba pasando? Inclino la cabeza hacia arriba, dejando que la lluvia le humedeciera el rostro. Las frías gotas lo refrescaban, a pesar de picar como si fueran pequeños agujijones, pero no consiguieron atemperar su sangre, que ardía tras el apasionado beso.

Dirigió su mirada al camino embarrado que dejaba atrás y redujo la velocidad de su caballo. ¿Sería capaz de abandonarla? Su corazón le imploraba regresar y abrazarla con tanta firmeza como ella lo había hecho en el salón, pero su mente le aconsejaba que se fuera. De alguna manera, toda una vida sin la hermosa, odiosa y sensual diablilla a su lado, le parecía insoportable.

Sheridan vendría exigiéndole a Christian que hiciera lo correcto para su hija. Cualquier caballero lo haría, ¿no?

La pregunta más importante sería si era lo suficientemente hombre como para responsabilizarse de sus acciones y aceptar su supuesta condena. Aunque amar y abrazar a Natalie cada noche para toda la eternidad, no parecía, ni por asomo, un castigo. La verdadera penitencia sería alejarse solo para ver cómo se casaba con otro, que se enamorara de él y que tuviera hijos

con ese otro hombre. ¿Le abrazaría tan fuerte como le había abrazado a él? Seguramente, aquel hombre no sería tan tonto como Christian para dejarla ir.

Cerró con fuerza los ojos. ¿Y si su padre pensaba que no estaba a la altura de ser su esposo? ¿Y si el duque lo consideraba indigno de su hija? ¡Un minuto! Él era adecuado. La cuidaría, la haría feliz y la amaría para siempre. Este era un juego en el que podía ganar.

Las cartas estaban a su favor, lo que afortunadamente coincidía con las necesidades y los deseos de Natalie.

El pulso se le aceleró al dar vuelta en su caballo y poner rumbo a la residencia de los Sheridan. Aún no se había alejado demasiado y podía reunirse con Natalie fácilmente en una hora. Nada más llegar a Harrington Gardens, declararía sus intenciones. Exigiría al duque que aceptara su oferta por Natalie. Si el hombre se negaba, Christian haría saber a toda la asamblea lo que había sucedido entre ellos. El duque se vería obligado a aceptar el enlace o, de lo contrario, vería a su hija y su precioso apellido mancillado.

Cuanto más se acercaba a Natalie, más seguro de sí mismo se sentía. No es porque ella se hubiera vuelto más hermosa, siempre había existido algo especial entre ellos. ¿Cómo había sido tan tonto como para no verlo antes?

Dobló la curva final del camino y aceleró a su caballo hasta que comenzó a galopar. Pronto tendría todo lo que nunca se permitió ni siquiera soñar. Una mujer que lo amase, que lo desafiase, que fuese su amiga, que calentase su cama y diera a luz a sus hijos. Christian la amaría el resto de su vida. La diablilla perfecta. La mujer que...

De repente, le dio un vuelco el corazón y detuvo su montura. Natalie estaba sentada a un lado de la carretera agarrándose el tobillo y ataviada solo con el vestido que había llevado puesto durante su encuentro en el salón. Tenía frío y tiritaba violentamente. Saltó de la silla, corrió hacia donde estaba y se arrodilló en el barro a su lado. La envolvió entre sus brazos.

—Christian... —Su voz entrecortada se desvaneció y él la besó en sus fríos labios.

—Estás helada. —La soltó un instante para quitarse la chaqueta y cubrir sus hombros con ella—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué ha pasado?

—Fui a buscarte. No me importa lo que piensen mis padres. Te necesito. Te amo, Christian.

La atrajo más hacia él, sabiendo con toda su alma que tenía que casarse con ella. Su corazón se hinchó, concienciado por lo que debía hacer.

—Yo también te amo, Natalie. —La volvió a besar, fue un beso apasionado lleno de promesas.

—Ahora dime cómo has acabado aquí, en el borde de la carretera. —Le tomó el pie y suavemente le quitó el zapato, y luego la media de seda. Tenía el tobillo rojo e hinchado.

—Mi caballo se asustó y me tiró. Caí mal y me torcí el tobillo. Tenía tanto miedo... tanto frío.

La levantó y la acunó contra su pecho.

—Silencio ahora, mi amor. Te tengo. Yo me ocuparé de ti. —La colocó en la silla y luego montó él—. Nos casaremos de inmediato.

Natalie apoyó la cabeza contra su hombro.

—Mi padre nunca dará su permiso para que nos casemos.

Se dio cuenta de que la lluvia se había convertido en suaves copos de nieve. El viento se había calmado un poco... sería una Navidad blanca después de todo. Unas vacaciones perfectas con la dama perfecta a su lado.

—No te preocupes, Natalie. Deja que yo me encargue de ti por una vez. Convenceré a tu padre. Te lo prometo. Todo va a estar bien.

Al poco, llegaron a la avenida principal de la residencia de los Sheridan. Se inclinó y le dio a Natalie un beso dulce antes de desmontar.

Cuando entraron en el vestíbulo, Bradford y Kissinger estaban allí con las capas y los sombreros puestos.

—Dios mío, ¿qué ha pasado? —dijo Bradford al observarlos.

—Te he visto con mejor aspecto después de una noche de juerga —añadió Kissinger.

—He vuelto para reclamar a Natalie como mi esposa.

Sus amigos lo miraron asombrados.

—¿Quieres casarte? —Kissinger sacudió la cabeza—. Claramente he bebido mucho más de lo que debía esta noche, porque me estoy imaginando cosas.

Greenwich le dio a un empujón juguetón.

—Al contrario, no has bebido lo suficiente.

Christian continuó con la historia, haciendo caso omiso de los comentarios de sus amigos.

—Parece que Natalie tampoco estaba dispuesta a dejar que me fuera.

—No necesitas contármelo. Me ha dado un pisotón y casi me rompe las manos. —Greenwich sonrió, sacudiendo la cabeza.

Christian miró a Natalie.

—Una acción espléndida, mi amor.

—Te arrepentirás de alentarla cuando seas tú quien sufra su mal carácter —dijo Greenwich, y soltó una carcajada.

Christian frotó el hombro de Natalie mientras la acunaba, disfrutando de la sensación de su suave cuerpo contra el suyo.

—La encontré en el camino. Su caballo la ha tirado, y se ha torcido el tobillo. Hay que buscar a un médico. También necesita ropa seca y descansar en cama de inmediato. Que traigan carbón para calentar su cama.

Bradford se volvió hacia el mayordomo.

—Ve a buscar al doctor ahora mismo. —Hizo un gesto a un sirviente que había cerca—. Prepara la cama de *lady* Natalie y envía a su doncella a la habitación, lo más rápido que puedas.

Christian le dio un beso en la frente.

—Debo ir a hablar con tu padre.

Natalie se aferró a él y lo miró a los ojos.

—Dime que no me vas a dejar. Promételo.

—Te doy mi palabra, mi amor —respondió, mientras se formaba una sonrisa tranquilizadora en sus labios.

Una sombra de duda, o quizá de miedo, cruzó los llamativos ojos azules de Natalie. Si el duque intentaba pelearse otra vez con él, pronto estarían viajando a Escocia para casarse, si el doctor consideraba que su tobillo estaba lo suficientemente bien para viajar.

—¿Juras que te casarás conmigo, a pesar de lo que diga o haga mi padre? Su corazón se detuvo.

—Lo juro. Serás mi esposa, incluso si tengo que secuestrarte y huir a Gretna Green para conseguirlo.

Natalie sonrió, sus ojos y su alma brillaban de alegría. Era la parte que le faltaba, y nunca permitiría que nadie, ni siquiera el duque de Sheridan, la apartara de él.

—Te amo, *lady* Natalie Seymour, y te amaré para siempre.

Epílogo

Un año después

Natalie se echó a reír mientras empujaba hacia ella las monedas que había en el centro de la mesa.

—¿Están dispuestos los caballeros a reconocer mis habilidades superiores en las cartas o debo ganarles todavía más dinero?

Bradford y Kissinger, como los llamaba ahora, habían decidido pasar las fiestas navideñas con Christian y ella, y aún seguían en su casa, aunque a Natalie no le importaba. Le gustaba que fueran de visita. La entretenían y sacaban al pícaro que había dentro de esposo, que es la parte de él de la que se había enamorado hace tantos años, un aspecto de su persona que nunca perdió, gracias al cielo.

Los cuatro habían estado jugando a las cartas desde hacía horas, y Natalie había ganado la mayoría de las partidas. Quizá su habilidad venía de evitar beber alcohol, mientras que los caballeros bebían whisky sin importar qué hora del día fuera. Pero ella prefería creer que los había vencido por su ingenio.

—No subestimes a mi esposa. —Christian le sonrió desde el otro lado de la mesa—. Es muy diestra con las cartas. ¿Cómo te imaginas que consiguió el anillo en su dedo? —La guiñó un ojo.

Natalie se sonrojó al recordarlo. Había ganado el anillo a Christian cuando jugaron una partida con estriptis incluido, al poco de casarse. Empezó a notar cómo su rostro subía de temperatura, y la lujuria brillaba en el fondo de sus ojos. Él también había ganado aquella noche, y Natalie suponía que él también había rememorado ese recuerdo. Miró hacia otro lado, para evitar que su hermano o Kissinger percibieran algo.

—Muy bien, reconozco que eres buena —dijo Bradford, empujando sus cartas al centro de la mesa—. ¿Cuándo llegarán Pippa y Maddox?

Natalie le había escrito una larga carta a Pippa, disculpándose por la forma en que la había tratado e invitándola a ella y a su nuevo esposo a cenar. Echaba mucho de menos a su amiga, y se arrepentía mucho de lo que había pasado entre ellas.

—Llegarán en una hora.

—¿No vas a contarme nunca qué pasó para que os enfadarais? — preguntó Bradford, mientras cogía su copa—. Debo admitir que siento curiosidad.

—Una dama nunca comparte sus secretos ni habla de un asunto privado entre ella y un amigo. —No sabía con seguridad si Pippa había hablado sobre aquello, pero ella no lo hizo y no lo haría. Miró a Christian y a Bradford—. ¿Por qué no me contáis cómo convencisteis a mi padre de permitir mi matrimonio? Me lo llevo preguntando desde hace casi un año.

—Me ofrecí yo para casarme contigo. —Kissinger se inclinó hacia adelante—. Resulta que hay un hombre aún más inaceptable que Knightly. Tu padre consideró que mi oferta para salvar tu reputación atroz y completamente arruinada no era lo bastante buena como para encadenarme a su familia para toda la eternidad.

—¡Oh, vamos! Mi reputación nunca podría ser lo suficientemente mala como para ser reparada por alguien de Kissinger.

Natalie estalló en carcajadas y, al poco, los hombres también. Sabía que había mucha más historia que contar, pero al final, no importaba demasiado. Christian se había casado con ella, cómo se las había arreglado, no era relevante. Se levantó y caminó alrededor de la mesa para sentarse en su regazo.

Él la abrazó y tiró de ella.

—Nunca te dejaré ir —le susurró al oído.

Un escalofrío de anhelo recorrió su cuerpo, y en sus labios apareció una sonrisa.

—Quién necesita a la dama Fortuna cuando tiene una esposa como Natalie —dijo Kissinger y bebió un trago de whisky.

—En efecto. Soy un hombre afortunado. —Christian le dio un pequeño apretón—. Espero que algún día tengáis esa suerte.

Kissinger palideció.

—Rezo para que no sea así.

Bradford se rio entre dientes.

—Como yo, por el bien de la dama.

Un sirviente entró en la habitación, interrumpiendo la alegre charla.

—Lord y *lady* Maddox han llegado.

Natalie se puso de pie.

—Acompáñeles al salón. —Tomó a Christian de la mano—. Vamos.

Una mezcla de emoción e incertidumbre le revolvió el estómago. ¿Cómo la recibiría Pippa? Natalie no la culparía si todavía le guardaba rencor. Había tratado a Pippa muy mal y solo por celos infundados. Respiró hondo antes de entrar al salón del brazo de su marido.

Solo tenía un deseo para esas Navidades: hacer las paces con su mejor amiga.

Su mirada se encontró con la de Pippa y sonrió, sintiéndose verdaderamente feliz por la oportunidad de restaurar su amistad.

—Gracias por aceptar mi invitación, Pippa.

Al instante, Pippa se acercó y las dos se abrazaron.

—Eres mi mejor amiga —dijo Pippa.

—Caballeros, ¿qué les parece si nos retiramos a la sala de fumadores y les permitimos a las damas ponerse al día?

—Una idea espléndida —respondió Maddox.

A Natalie no le sorprendió que Kissinger fuera el primero en salir de la habitación. Una vez que todos se habían marchado, se giró hacia su amiga.

—Ponte cómoda. Pediré que traigan té.

Pippa se sentó en un diván y se alisó la falda.

Natalie hizo sonar una campanilla para que les trajeran el té.

—Siento mucho lo que te hice. Como te expliqué en la carta, no hay excusa posible que justifique mi comportamiento.

—Te perdoné en el momento en que pisé el escenario en el recital. Lo confieso, nunca entendí por qué te enfadaste, pero no me importa. Es el pasado. Eres parte de mi corazón, una que había desaparecido durante más de un año.

—Malinterpreté tus acciones con Christian en la terraza en el baile de mi presentación. Los celos me convirtieron en un monstruo y lamentaré el resto de mi vida lo mal que me comporté contigo.

—No pierdas más el tiempo con ese asunto —dijo Pippa, y sonrió—. Todo ha salido bien. Ambas hemos encontrado el amor, y también hemos recuperado nuestra amistad.

—Estoy muy feliz por ti —Natalie tomó la mano de Pippa—. Cuéntame cómo lord Maddox y tú os enamorasteis. Quiero escuchar todos los detalles.

Pippa sonrió a Natalie.

—Solo si tú me cuentas tu historia también.

Natalie se sentía conmovida. Era como si Pippa y ella nunca hubiesen dejado de ser amigas. Continuaron donde lo habían dejado, compartiendo

secretos, riendo y disfrutando mutuamente de la compañía de la otra. Nunca entendería por qué Pippa la perdonó tan fácilmente, pero estaría eternamente agradecida. Natalie atesoraría su amistad para siempre.

Gracias por leer *Cómo besar a un canalla*. ¡Espero que lo hayas disfrutado!

Consigue [*Un beso por Navidad*](#), el primer libro de la serie *Conectados por un beso*, escrito por Christina McKnight y lee la historia de *lady Pippa* y lord Maddox hoy mismo.

El anhelo de un beso de Dawn Brower es el tercer libro de la serie *Conectados por un beso* y el protagonista es: ¡el duque de Kissinger!

Pasa la página para leer un fragmento de

El anhelo de un beso

de Dawn Brower

El Anheló

de un Beso

Conectados por un beso
Libro tercero

Dawn Brower

EL ANHELO DE UN BESO

*La estrella fugaz aguarda un deseo
Un deseo pícaro y a la vez tentador
Cual llama ardiente como el fuego
Desbordante de anhelo en la oscuridad
Cierra los ojos, ansía felicidad
Y siente el beso de un rufián...*

PRÓLOGO

El fuego, que ardía en la chimenea y en algunos candelabros, mantenía la habitación iluminada. La pequeña *lady* Juliette Brooks se asomaba por una ventana cubierta de hielo. En el oscuro cielo nocturno brillaban estrellas que parecían emitir una luz celestial. De repente, la oscuridad se cubrió con una estela luminosa al pasar una estrella fugaz. A Juliette se le aceleró el corazón. Aquella era su oportunidad de pedir el deseo que llevaba tanto tiempo queriendo pedir. A sus nueve años, solo había una cosa que su corazón deseara más que nada en el mundo: que su mejor amigo estuviese siempre a su lado. No podía imaginar una vida en la que él no estuviese.

—¿Qué es tan interesante?

Juliette se giró y se encontró con la mirada de lord Grayson Abbot, el futuro duque de Kissinger. Las propiedades de la familia de Juliette rodeaban el castillo de Kissinger, que era propiedad ducal. Su padre era el conde de Riverdale. Todas las Navidades las dos familias se reunían para celebrarlas. Aunque Grayson y Juliette nunca habían necesitado un motivo para pasar tiempo juntos. Desde que tenía memoria, él siempre había estado con ella. Él era todo lo paciente, amable y leal que se podía esperar de un niño de doce años. Ella imaginaba que al crecer se convertiría en el héroe con el que sueñan todas las chicas.

—He pedido un deseo a una estrella fugaz —respondió Juliette.

Grayson se asomó por encima de su hombro para mirar al cielo estrellado.

—Yo no veo nada.

—No seas tonto —replicó ella—. Las estrellas fugaces se desintegran tan rápido como aparecen. Estoy segura de que mi deseo se ha enviado.

Grayson se mantuvo tras ella con la mirada fija en la oscuridad de la noche. Juliette no terminaba de acostumbrarse a sus silencios, eran abrumadores y difíciles de aguantar. Tras un instante, el chico puso algo de distancia entre ellos dando un paso atrás. Juliette presentía que algo iba mal. Por algún motivo, se estaba alejando de ella. ¿Había hecho algo mal?

—¿Qué has deseado? —preguntó él.

Al fin le dirigía la palabra, pero eso no consiguió despreocuparla. Él se mantenía firme y distante. Nunca le había gustado aquella parte de él. ¿Qué había pasado con el chico que siempre quería jugar con ella y pasárselo bien? Echaba de menos a ese Grayson y quería que volviera. El chico que se encontraba frente a ella no era más que un extraño.

—Si te lo digo no se hará realidad.

Él inclinó la cabeza y un mechón de pelo oscuro y liso cayó sobre su frente. Suspiró. Sus ojos azules eran tan fríos como el hielo que había en la ventana.

—Siento romperte el corazón —dijo fingiendo preocupación—. Pero deberías saber que tus deseos nunca se harán realidad. Son mentiras que están mejor en libros de cuentos.

—No lo son —exclamó Juliette—. ¿Por qué eres tan malo?

Aquel no era el Grayson que conocía. Su amigo nunca había sido tan cruel. ¿Qué había ocurrido desde la última vez que se habían visto? Había pasado menos de una semana. Lo había encontrado en el estanque que separaba las dos residencias. Estaba sentado sobre el agua congelada con la cabeza gacha, como esperando encontrar respuestas a todas sus preguntas. Se había mostrado muy callado y retraído, pero no tanto como en aquel momento.

—Ya te he mimado suficiente, ¿no crees? —Se cruzó de brazos—. Me estoy haciendo mayor, pero tú sigues siendo una niña tonta.

El labio inferior de Juliette se contrajo hacia afuera cuando comenzó a hacer pucheros. Las lágrimas se le acumularon en la comisura de los ojos, y grandes gotas empezaron a resbalar por sus mejillas. ¿Qué había hecho ella para que él se comportara de aquella manera? Se secó las lágrimas del rostro con la mano. Si él iba a actuar como un idiota grosero y malhumorado, entonces tenía cosas mejores a las que dedicar su tiempo, y que la llamaran «niña tonta» no estaba en su lista.

—Es triste cuando lo pienso —dijo ella.

—¿El qué? —preguntó él.

—Que he sido una idiota al desperdiciar mi deseo en ti.

Se marchó y lo dejó mirando por la ventana. Un amigo que te menosprecia no es un amigo de verdad, y Juliette no necesitaba a alguien que hiciera algo tan ruin.

Grayson Abbot se quedó mirando la entrada de la sala de estar. Era su deber ir a buscarla para explicarle por qué se estaba comportando de aquella forma tan grosera. Juliette no tenía la culpa de que él se tuviera que marchar. Pero necesitaba asegurarse de que ella podía valerse por sí misma, ya que no podía seguir protegiéndola por mucho más tiempo. Pronto, estaría en Eton y solo la

vería durante las vacaciones. Su padre se lo había comunicado hacía una semana. Debería haberlo esperado. A todos los lores jóvenes les enviaban a Harrow o a Eton para comenzar su educación. Un tutor no era suficiente para garantizar la educación de un heredero, y Grayson ya había devorado todos los libros que su tutor le había dado. Estaba sediento de conocimiento, pero nunca pensó hasta dónde lo llevaría aquel deseo. Tendría que abandonar a Juliette, y no había nada que pudiera hacer para cambiar aquella situación. Ella había sido su única amiga desde hacía tanto tiempo que no era capaz de imaginar el día en el que no la pudiera volver a ver.

A pesar de que su deber era ir a disculparse, se mantuvo inmóvil en el sitio.

Juliette jamás lo entendería. Pensaría que la estaba abandonando y, con toda certeza, su corazón se haría pedazos. Había pedido un deseo a una estrella fugaz y creía que había alguna posibilidad de que se cumpliera. ¿Cómo podía haberse burlado de ella de aquella forma tan cruel? Suspiró y forzó sus pies a moverse. Cuanto antes la encontrara, antes podría enmendar su error.

La encontró en la sala de billar empujando las bolas por la mesa. Rodaban por la superficie y chocaban contra el borde contrario con un suave ruido.

—Si tu padre te encuentra aquí, te castigará.

—No me importa —respondió ella con terquedad—. De todos modos, las Navidades ya se han estropeado. Estaré encantada de quedarme en mi habitación para el resto de las fiestas. Al menos así no tengo que verte.

Grayson suspiró. ¿Por qué se le ablandaba el corazón cada vez que estaba cerca de ella? Aquella niña había significado mucho para él desde hacía mucho tiempo. Sus rizados mechones azabache le caían suavemente sobre los hombros, y sus ojos verde azulados, que normalmente brillaban con diablura, estaban ahora desbordantes de tristeza. Era culpa suya. Le había estropeado las Navidades, y no iba a mejorar mucho la situación con una disculpa.

—Perdóname, por favor —le pidió—. No pretendía pagar contigo mis inquietudes.

Juliette reaccionó al escuchar aquellas palabras. Sus ojos estaban más brillantes y ya no mostraban tanta tristeza, pero la prueba de su aflicción seguía a la vista en sus mejillas húmedas.

—¿Qué es lo te preocupa? —preguntó ella, colocándose a su lado—. Haré lo que sea por ayudarte.

Él sabía perfectamente que Juliette era capaz de hacer lo que fuera por él. Eso es lo que hacen los amigos. Pronto, les separaría una gran distancia, y la amistad entre un lord y una dama no era posible. Lo mejor sería cortar aquella relación y dejar que ella siguiera creciendo sin él a su lado. Su padre le había explicado que al estar en Eton, no podría seguir siendo amigo de Juliette. Sería el hazmerreír y el doble de desgraciado.

—No hay nada que puedas hacer, pequeña —dijo él—. Voy a estudiar en un colegio y voy a dejar de vivir aquí.

—No —respondió ella—. No puedes irte, no voy a dejar que te vayas.

El chico apretó los labios y negó con la cabeza.

—Debo irme. Algún día seré duque y necesito una buena educación para poder dirigir mis propiedades correctamente.

Juliette adoptó una pose arrogante y se cruzó de brazos.

—Eso no va a ocurrir hasta dentro de mucho tiempo. Tu padre es el duque, y no tiene por qué mandarte a estudiar lejos.

—Pero Jules... —dijo apenado—. Yo quiero ir.

Aquella fue la parte más difícil para él. Ansiaba mucho más que conocimiento. Quería amigos que no fueran niñas pequeñas que vivían en la casa de al lado. Chicos de su edad con los que compartiera los mismos intereses. Juliette formaba parte del pasado, y él tenía un futuro que planear. Permaneciendo encerrado en la residencia de su padre, con un solo tutor y teniendo una simple niña como amiga, no lo iba a ayudar a cumplir sus propósitos.

—Eso pensé —respondió ella con tristeza—. Pero tenía la esperanza de que fuera en contra de tu voluntad.

Los labios de él se contrajeron en una mueca. Juliette siempre conseguía sorprenderlo. Tan solo tenía nueve años, pero a veces se comportaba como si ya estuviese lista para ser presentada en sociedad. Suponía que se debía a su aislamiento. No les estaba permitido jugar con los hijos de los sirvientes, pero tampoco había niños de clase alta con los que poder relacionarse. Se les había forzado a crecer demasiado deprisa.

—No será para siempre —prometió—. Volveré en las fiestas y en las vacaciones escolares. Nos volveremos a ver.

Juliette se sentó en una silla cercana.

—No será lo mismo.

¿Qué podía decir para hacerla comprender? Absolutamente nada. La mirada de Juliette lo decía todo, no necesitaba ninguna explicación. Ella

entendía perfectamente por qué tenía que marcharse, simplemente no era de su agrado.

—Con el tiempo te acabarás olvidando de mí. Irás al colegio, y aprenderás a comportarte como una dama. Y entonces, cuando se te presente en sociedad, podrás encontrar un marido. Yo seré solamente un recuerdo distante, un chico tonto con el que solías jugar.

Ella sacudió la cabeza.

—Nunca podré olvidarte.

Por desgracia, pensaba que aquello era cierto, y una parte de él no quería que ella lo olvidara. Aquellas podrían ser las últimas Navidades que pasaban juntos, y no quería desperdiciar más tiempo con pensamientos tristes. Tenía que haber algo que pudiera hacer para devolver la sonrisa a su rostro. De pronto, se le vino una idea a la cabeza y decidió llevarla a cabo.

—No quiero dejarte triste —dijo él—. Tengo un regalo para ti. ¿Lo quieres ahora?

—Oh, sí —Juliette asintió con la cabeza—. Por favor.

—Dame un momento para ir a buscarlo —explicó—. Nos vemos en la sala de estar. No quiero que te castiguen por estar aquí.

No podía evitar la necesidad de protegerla. Siempre que estaban juntos, ella siempre era lo primero. Lo tenía tan arraigado en él, que se había convertido en una costumbre difícil de romper.

—Muy bien —asintió ella.

Ambos salieron de la sala de billar, y Juliette se dirigió hacia la sala de estar, mientras que Grayson fue a su habitación de invitados. Cada año, su familia solía pasar la mitad de las Navidades en Riverdale Park, mientras que la familia de Juliette pasaba la otra mitad en el castillo de Kissinger. Desde el principio, Grayson tenía planeado darle a Juliette el regalo en privado. Su padre lo regañaría si se enterase de lo que había encargado. Aunque a Juliette le encantaría. Recogió rápidamente la pequeña caja y se la metió en el bolsillo. Una vez comprobado que no había peligro de que se cayera, Grayson salió de su habitación y se dirigió a la sala de estar. Se encontró a Juliette mirando por la ventana otra vez. Podía cometer el mismo error por segunda vez, pero no lo haría.

—¿Has visto más estrellas fugaces?

Ella soltó una risita.

—No. Creo que es la única que veremos en toda nuestra vida.

—No lo sé. Puede que algún día seamos lo suficientemente afortunados como para ver otra.

¿Qué chico de doce años es capaz de mirar a una chica y saber que es la única que va a ocupar su corazón? Grayson la miró asombrado. Estaba siendo absurdo. Juliette solo tenía nueve años. No podía saber en qué clase de mujer se iba a convertir en la siguiente década. Ambos tenían que crecer y puede que no hicieran buena pareja de adultos.

—¿Has traído mi regalo?

Metió la mano en su bolsillo y sacó la cajita. Su mano envolvía con firmeza los bordes puntiagudos. Cuando lo compró, pensó que a Juliette le encantaría. Pero, ¿y si se equivocaba? Solo había una forma de comprobarlo. Con gran inquietud, alargó la mano y se lo ofreció. Ella aplaudió alegremente, cogió la caja y la abrió.

Durante un momento desgarrador, permaneció en silencio.

—Ay, Gray —suspiró—. Es precioso.

Cogió el delicado medallón y lo abrió... Dentro se encontraba un pequeño retrato de él.

—Si no te gusta puedes cambiarlo por...

—Por favor, no termines lo que estabas a punto de decir. Esto es lo mejor que me podías haber regalado nunca. —Lo mantuvo agarrado con firmeza—. Cada vez que esté triste porque no estés, lo puedo mirar para recordarte.

Grayson dejó escapar un suspiro de alivio. No se había equivocado, pero una parte de él se preguntó si no estaría retrasando lo inevitable. Su deber era animarla a que siguiera adelante, y aquello no iba a ayudarla a conseguirlo.

—Me alegro de que te haya gustado.

—¿Puedes prometerme algo? —preguntó ella.

Grayson quería prometerle el mundo entero si pudiera. Lo pondría a sus pies si eso consiguiera mantener su sonrisa y lo feliz que estaba en aquel momento.

—Claro —respondió con énfasis.

—Si alguna vez te necesito, prométeme que estarás ahí para mí. —Sus ojos, brillantes de confianza, se clavaron en los de él—. Cueste lo que cueste.

Grayson abrió la boca para contestar, pero no estaba seguro de si era capaz de hacerlo. Lo que ella le había pedido parecía fácil a primera vista, pero temía que no fuera tan simple. Nada lo era, mientras tuviera que ver con promesas. Odiaría si al final tenía que romperla, como también odiaba traicionar aquella parte de ella que tanto adoraba. La fe que tenía Juliette en

él era inquebrantable, pero también le resultaba un poco irritante. Tenía miedo de no llegar a cumplir sus expectativas. Quizá estaba dándole demasiadas vueltas y debiera, simplemente, acceder a lo que le pedía. De todas maneras, no se iban a ver demasiado después de las Navidades. Así que Grayson se dio por vencido y asintió con la cabeza.

—Te prometo que siempre estaré ahí. Puedes confiar en que haré todo lo que sea necesario para ayudarte.

Grayson juró cumplir aquella promesa, aunque el precio que tuviera que pagar para ello fuera demasiado alto...

CAPÍTULO UNO

¿Podría su vida ir aún peor? *Lady* Juliette Brooks se dejó caer en su cama y soltó un suspiro de frustración. Ya debería estar preparada para las fiestas de la alta sociedad, y para encontrar un marido. Pero lo único que quería era huir de casa de su padre y formar su propia familia. A decir verdad, se contentaría con escapar sola, porque su madrastra, Eloise, le hacía la vida imposible.

Si su madre no hubiera fallecido, todo habría sido muy diferente, y no se habría interrumpido su primera temporada social. No había estado fuera ni quince días cuando la tragedia sacudió a su familia. No hubo tiempo suficiente para encontrar pretendientes adecuados, incluso cuando algún caballero había captado su atención, nadie se había fijado en ella. Tampoco había conseguido hacer amigos, ya que apenas había conversado con nadie, y se encontró bastante a gusto quedándose al margen. Al menos, eso es lo que se decía a sí misma. Nunca habría imaginado que la dejarían de lado, mientras observaba cómo las otras damas daban vueltas por el salón de baile y reían alegres.

Nada estaba saliendo según lo planeado, y la única persona a la que quería ver no había dado señales de vida en muchos años. Cuando finalizó su periodo de duelo, Juliette creía firmemente que se reinsertaría en la sociedad y en el mercado nupcial. Nada de aquello había pasado. En cambio, su padre había conocido a Eloise y la desposó de inmediato. La nueva señora de Riverdale no quería saber nada de Juliette. No había encargado ningún vestido nuevo, ni había hecho planes para ayudarla a incorporarse a la sociedad. Su padre estaba tan enamorado de su nueva condesa que no se había preocupado por Juliette. Bien se podría haber vuelto invisible de lo poco que los demás se interesaban por ella. Aunque con el tiempo se terminó acostumbrando y llegó a preferir que nadie la molestara. Se sumergió en los libros y comenzó a apreciar la vida de soltera. Para qué preocuparse por el matrimonio si tenía todo lo que necesitaba en casa de su padre. ¿Quién necesitaba vestidos nuevos cuando los viejos se podían rediseñar y mejorar? Al menos, eso es lo que Juliette continuaba diciéndose a sí misma.

Hasta que nació su hermanito, ella se mantuvo reservada y hacía lo que le gustaba. Cuando su padre acabó por tener a su heredero, comenzó a darse cuenta de que tenía otra hija, a la que había desatendido y había apartado de su nueva familia. Juliette sospechaba que Eloise había motivado su atención repentina. Llevaba un tiempo vigilándola con recelo, y no ocultaba su deseo

de ver a Juliette fuera de su vida. Entonces, años después de que tuviera que haber hecho un segundo intento de presentarse en sociedad, se estaba comenzando a planificar la temporada social de Juliette.

A los veinticinco años ya se había olvidado de aquel sueño.

No podía perder más tiempo en su habitación. Su padre la había convocado en su despacho. Solo podía suponer el motivo por el que la había hecho llamar, pero desde que la criada le informó sobre la petición, tenía una sensación de inquietud en el estómago. Bajó lentamente por las escaleras, y se dirigió al despacho de su padre. Se paró frente a la puerta y escuchó.

—Lord Payne será un magnífico marido para Juliette —susurró su madrastra—. Con una edad tan avanzada tiene pocas opciones, y un vizconde es más de lo que puede esperar.

Juliette abrió la boca y dejó escapar un mudo suspiro. Se llevó las manos a la cara. Seguro que Eloise no iba a ser tan cruel. ¿Acaso no conocía la reputación del vizconde? Se rumoreaba que pegaba a los sirvientes y a los niños pequeños. Podía hacer lo que gustase con lo que consideraba de su propiedad. No iba a tratar a su esposa de manera diferente. Preferiría estar muerta a tener que atarse a aquel hombre. Su padre nunca lo permitiría, no podría hacerlo.

—En verdad, posee una gran fortuna —respondió su padre—. Sus propiedades son prósperas, y tampoco se da a la bebida ni al juego en exceso.

Al escuchar aquellas palabras a Juliette se le cayó el alma a los pies. Había mucho más de lo que preocuparse aparte de lo que bebía y jugaba. No quería casarse con un hombre pobre, pero si le daban la opción, preferiría mil veces más vivir en un cuchitril que a que la dieran palizas todos los días. Aquel iba a ser su destino si la forzaban a casarse con lord Payne. Juliette dio un paso hacia adelante y echó un vistazo por la abertura de la puerta.

—Además, tampoco es demasiado mayor para ella. —Su madrastra se sentó en el regazo de su padre—. Aún puede formar su propia familia. Juliette debe disfrutar las alegrías de la maternidad. Es buen partido. Cuando lord Payne llegue en unos días para firmar el contrato matrimonial, tu hija va a estar bien atendida.

Juliette apretó su mano en un puño. ¿Cómo se atrevía? A aquella mujer lo único que la importaba era ella misma. Veía a Juliette como su rival, y estaba haciendo todo lo que estaba en su mano para deshacerse de ella. ¿Por qué tanta prisa? Faltaban solo unos meses para que llegara la primavera, no había

que esperar mucho. ¿Por qué estaba Eloise forzando aquella situación?
¿Acaso no merecía ella poder elegir?

No pudo soportarlo más. Si hubiera escuchado un solo segundo más, habría vomitado. Tenía que encontrar la manera truncar el plan de Eloise. Juliette abrió la puerta con suavidad y se aclaró la garganta.

—Ejem, padre, me habías llamado.

Eloise y su padre estaban envueltos en un apasionado abrazo. Juliette sintió náuseas al verlo. A pesar de que para entonces debería de haber estado acostumbrada, siempre despertaba en ella un sentimiento de desasosiego e incomodidad. Su madrastra había usurpado su vida, pero nunca conseguiría remplazar a su madre, y Juliette nunca dejaría de echar en falta el amor maternal. Aunque la condesa era una belleza, también era egoísta y vanidosa.

Eloise se levantó y se acercó a Juliette.

—Pasa, por favor, querida. Tu padre y yo tenemos mucho de lo que hablar contigo.

Estaba segura de que así era. Estaban a punto de dejarla caer en un pozo de miseria y sufrimiento, que solo había sentido cuando su único amigo la abandonó y, más tarde, cuando murió su madre. ¿Qué importaba añadir otro momento melancólico más a lista? Aunque se prometió a sí misma que aquel sería el último.

—¿Ah, sí? —dijo levantando una ceja—. Por favor, continúa.

—¿Por qué no te sientas, querida? —Su padre le señaló una silla—. Tenemos mucho de qué hablar.

Juliette hizo lo que su padre le pedía y se sentó en una silla. El despacho de su padre siempre había sido uno de sus sitios favoritos de niña, al menos en la casa de Londres. Su lugar preferido era Riverdale Park, pero no había vuelto a la casa de campo de su familia en años. No desde la muerte de su madre. Su padre había decidido permanecer en Londres, evitando visitar la casa de campo para que no le trajera recuerdos de días más felices. Lo único que le provocaba era dolor, pero más adelante, conoció a Eloise. La nueva condesa aborrecía la vida en el campo y le había pedido a su padre que se quedaran en Londres. Una parte de Juliette deseaba revivir aquellas temporadas navideñas que ahora permanecían en el pasado, cuando Riverdale Park se llenaba de visitas y las celebraciones duraban días.

En comparación, Londres era bastante feo y aburrido.

—Tras una cuidadosa deliberación —comenzó su padre—. He tomado una decisión sobre tu futuro.

—¿Sí? —Juliette inclinó la cabeza—. ¿Debo comprar vestidos nuevos? Necesito ropa más actual para la próxima temporada.

Si su padre supiera de su tendencia a escuchar detrás de las puertas, la castigaría por su insolencia. Por el momento, le seguiría la corriente y luego trazaría un plan de huida. No se iba a casar con Lord Payne.

—Me temo que no será necesario —dijo Eloise. Sus labios se ladearon en una mueca socarrona—. No se va a celebrar la temporada como estaba previsto.

—¿No? —Abrió mucho los ojos fingiendo sorpresa—. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

Quería borrar aquella sonrisa engreída del rostro de la condesa. Juliette pensaba que la victoria era suya, pero el tiempo acabaría por demostrar lo contrario. Eloise la quería fuera, y lo iba a conseguir de una forma u otra.

La voz ronca de su padre puso fin a sus pensamientos.

—He hablado con el vizconde Payne. Está interesado en desposarte, y creo que podría ser un buen partido para ti. Llegará en menos de una semana para proceder con la revisión de los contratos matrimoniales.

Juliette apretó su mano. No se podía permitir ceder al impulso de gritar, porque de nada serviría mostrar emoción alguna. Eloise lo utilizaría en su contra, y tampoco ayudaría a que su padre se pusiese de su parte.

—Padre —comenzó a decir ella—. Agradezco que te preocupes por mí, pero no deseo casarme con Lord Payne. Aunque no culpo a mamá de haberme perdido mi temporada, pero, al menos, me gustaría poder disfrutar de una pequeña temporada. —Mostró una sonrisa alentadora—. Y tener la opción de elegir a mi marido.

Ojalá estuviera de acuerdo. No podía casarse con lord Payne. ¿No había pagado ya el peor precio? No, parecía que aún no, porque eso incluiría perder su vida, y aquel precio era demasiado alto. Juliette aún quería hacer muchas cosas con su vida.

—Me temo que no te puedo complacer, niña. —Juliette estuvo a punto de soltar un bufido. Llevaba años sin ser una niña, pero quizá su padre la vería siempre de aquella manera—. Lord Payne está insistiendo en que se firme el contrato ya, o de lo contrario, no se firmará nunca.

En lo que a ella respectaba, el contrato podía no firmarse nunca. No quería casarse con el vizconde, y nada iba a convencerla de lo contrario.

—Ya veo —respondió ella—. Estoy segura de que sería una gran pérdida —Hizo una pausa para pensar bien en sus siguientes palabras—... pero, sin

duda, habrá otros hombres dispuestos a casarse conmigo. Tampoco se pueden despreciar los lazos con el linaje de Riverdale.

—Tienes razón —admitió su padre—. Sin embargo, lo mismo se puede decir de Lord Payne. Es un buen partido y no pienso cambiar de opinión. Firmaréis el contrato antes de que acabe la Navidad, y para después de Año Nuevo, una vez que se hayan leído las amonestaciones, ya estarás casada.

Juliette se tragó el nudo que tenía en la garganta. No se podía razonar con su padre. Estaba completamente bajo el control de Eloise. Hacía con él lo que quería, y Juliette sabía que indirectamente la afectaba a ella también. Pero la condesa pronto se daría cuenta de que nadie podía controlarla. Antes de que acabase el día habría desaparecido de aquel lugar, y también de sus vidas.

—Como deseas. —Juliette asintió recatadamente. No podía darles ningún indicio de lo que estaba planeando—. ¿Puedo retirarme?

—Sí, cariño —dijo su padre—. Cuando llegue lord Payne quiero que te comportes correctamente.

—Claro, padre —respondió—. Yo siempre he sido una dama recatada.

Su padre nunca sintió la necesidad de enviarla a acabar sus estudios. A veces podía ser bastante tacaño. Siempre pensó que no era necesario gastarse una fortuna en educar a una simple niña. El conde había relegado sus lecciones de conducta a su madre y a su institutriz.

Con una inclinación de cabeza, Juliette se levantó para marcharse. Cuando había llegado a la entrada, la voz de su madrastra hizo que se detuviera.

—Juliette, querida —dijo Eloise—. Te acompaño hasta tu habitación. Hay algo de lo que quiero hablar contigo.

¡Maldita sea! ¿Qué quería aquella mujer? ¿No había hecho ya suficiente para destrozarse su vida? Juliette se giró y miró a Eloise.

—Lo espero ansiosa. —Esperó a que la condesa se acercara a ella, y caminaron juntas por el pasillo en silencio. ¿Cuándo pensaba empezar a hablar?

—Espero que no tengas quejas sobre el matrimonio —comenzó a decir *lady* Riverdale—. Lord Payne será un buen marido para ti.

Juliette se mordió el labio inferior, y lo hizo con tanta fuerza que una gota de sangre se deslizó hacia el interior de su boca. Si en aquel instante revelara sus verdaderos sentimientos, *lady* Eloise le pondría las cosas más difíciles y sería prácticamente imposible escapar. Por el momento, debía parecer lo más obediente posible.

—Estoy deseando comenzar mi propia familia. Es lo que siempre he querido.

—Bien. Me alegro de que hayamos podido encontrarte una pareja tan conveniente para ti.

Afortunadamente, llegaron a la habitación de Juliette. Era el momento de darle las buenas noches y comenzar a trazar su plan de escape.

—Buenas noches, *lady Riverdale* —dijo Juliette de manera muy educada. Siempre era formal cuando se dirigía a ella. Eloise lo prefería de aquella manera. Aunque en su cabeza la llamaba como la apetecía. La condesa asintió y despidió a Juliette.

Una vez dentro, cerró la puerta y sacó su bolso. No iba a poder llevarse demasiado con ella, pero había un par de cosas que no podía dejar atrás. Juliette tenía pocas cosas valiosas, pero la mayoría tenía valor sentimental. Tendría que apañarse con el poco dinero que tenía ahorrado. En realidad, esperaba que no le hiciera mucha falta.

Si él cumplía la promesa que le había hecho aquella vez, no tendría nada de lo que preocuparse. Era su última esperanza, y si él se negaba, no le quedaría más remedio que obedecer a su padre. Rogó para que aquello no llegara a suceder. En realidad era bastante triste que su vida tuviera que depender del duque de Kissinger, que no era más que un juerguista descontrolado y un depravado en toda regla, que pervertía a todo lo que llevara falda. La prensa amarilla se deleitaba en exponer numerosas hazañas suyas.

SOBRE LA AUTORA

La popular autora en Amazon y bestseller, Amanda Mariel, sueña con días pasados, cuando la vida iba a un ritmo más lento. Disfruta escribiendo y explorando diferentes periodos históricos a través de su imaginación y de la escritura. Cuando no está escribiendo, se dedica a leer, hacer crochet, viajar, poner en práctica sus habilidades fotográficas, o pasar tiempo con su familia. Visite la web www.amandamariel.com para más información sobre Amanda y sus obras.

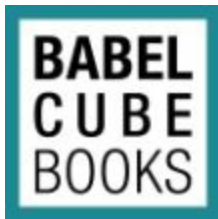
Inscríbase en el [boletín informativo](#) de Amanda y manténgase actualizado sobre todo lo relacionado con la autora, ¡y reciba un ebook gratis!

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros

últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

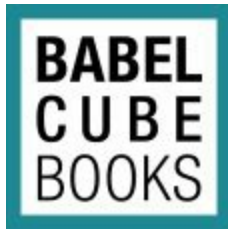
www.babelcubebooks.com

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com